



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES ARAGÓN

POSTALES DE UN JÓVEN REPORTERO

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADO EN PERIODISMO Y COMUNICACIÓN COLECTIVA

PRESENTA:

AVILES ALLENDE, CARLOS

ASESOR: LIÑÁN ÁVILA, EDGAR

MÉXICO, D. F.

2004



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mi abuelito,
aunque ya no esté,
porque siempre estará;
a mi papá y a mi mamá,
porque el título, más que mío,
es de ellos y se lo debo a ellos;
a mis hermanas y hermanos
porque siempre están en mí;
porque todos forman parte de mí.

A Ruth,
porque me ha enseñado a amar...

ÍNDICE

Comience a leer por donde quiera	3
HISTORIA NO ESCRITA DE UN REPORTERO	4
Cambio de rumbo	5
La primera nota	7
Servicio social	9
Notas por teléfono	11
Cuando aparece el crédito	12
Las entradas	13
Un ingreso nada fácil	15
Genios e ingenios	17
Aterrizaje forzoso	19
El nuevo vecino de la plana	21
Autoentrevista en tres tiempos	23
Reportero	23
Canal 40	26
El Universal	28
Un mundo raro y desconocido	29
MEMORIA ESCRITA DE UN REPORTERO	34
Carta para evitar el Olvido	35
Una mirada cerca de la casa; los lugares obligados	40
La lechería	41
El tianguis	44
El mercado	47
La escuela	49
La clínica	51
El recorrido básico	54
Pantitlán, laberinto de 40 mil metros	55
El metro, a 65 personas por segundo	59
Un salto al otro lado	63
La historia familiar se traslada al otro lado	64
La otra casa: medio México en Estados Unidos	69
Mudanza	72
A la orilla de la ciudad	73
Otros mundos	76
Las nuevas plazas, la nueva moda	77
Claroscuros de un paseo dominical	80

Comience a leer por donde quiera

Y después del punto final sólo queda esta hoja. Y en esta hoja sólo hay espacio para una bienvenida, un saludo y una recomendación que más bien es una amable petición: comience a leer por donde quiera, que no hay principio ni fin, sólo instantes de una memoria que no se detiene y que fueron atrapados en estas páginas únicamente por cuestiones prácticas y para cubrir con ciertos y entendibles requisitos que me permitan titularme y obtener el grado de licenciatura.

He aquí, pues, unos cuantos instantes que atrapó esta memoria de papel en dos capítulos nada rígidos, pero sí distintos en la esencia. En el primero se encuentra esa parte periodística de mi memoria que no estaba escrita y en el segundo se reconstruye una etapa de mi trayectoria como reportero con base en la memoria que quedó plasmada en las páginas de los periódicos en los que publiqué.

Los instantes, como los de toda memoria, pueden saltar al azar al recordarse e ir de una a otra página, sin un orden preestablecido. Aunque a la hora de plasmarlos aquí hubo la necesidad de formarlos, de ordenarlos, de reunirlos y de separarlos para darles cierta coherencia y presentarlos tal como están en el índice. Pero ni el azar ni el orden establecido están peleados. En todo caso, son dos opciones distintas que aquí les dejo y que lo único que hay que hacer para encontrarlas o elegir las es seguir adelante. Saltémonos, pues, esta hoja y sigamos adelante. Suerte, que estas páginas ya no son más sino de quien ahora las lee.

HISTORIA NO ESCRITA DE UN REPORTERO

Cambio de rumbo

Esta historia no comienza aquí ni termina en estas hojas. Es una historia que se empezó a escribir por lo menos un año y medio antes de que iniciara la carrera de periodismo. Es una historia que se tejió justo en el momento en que decidí cambiar el rumbo de mi camino, cuando comprendí y acepté que no podía ser ingeniero, que la electrónica no era lo mío, que las circunstancias me habían llevado a ella, pero que no podía seguir en ella.

En ese momento cursaba el bachillerato tecnológico con la especialidad en electrónica. Llevaba la mitad del trayecto, iba en el tercer o cuarto semestre. Y me acababa de dar cuenta de que los chips, los transistores y las resistencias no eran para mí. Pero tenía un problema: si dejaba la escuela no había ninguna garantía de que fuera admitido en el Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH); y si era aceptado me retrasaría tres años en mis estudios –el año y medio que ya llevaba estudiando y el año y medio que tardaría en llegar al mismo grado. Ante esta situación decidí terminar el bachillerato tecnológico, prepararme y presentar el examen de admisión a la UNAM para cursar una licenciatura.

Una vez resuelto este dilema, la siguiente cuestión fue encontrar la carrera que necesitaba. Las ideas que tenía con respecto a la profesión que quería eran vagas pero me hacían ver que necesitaba ejercer un trabajo donde pudiera ayudar a mejorar y a cambiar los problemas sociales de mi entorno; que me permitiera conocer y adentrarme en distintos mundos –en ese momento ni remotamente conocía ese dicho de que el periodista es una especie de aprendiz de todo y oficial de nada, ni tampoco que quizá en este hecho se encuentra una de sus mayores bellezas, porque un reportero tiene la oportunidad de adentrarse en un sinfín de mundos a los que no tendría acceso de no ser por su profesión-; que no me encerrara entre los muros de una oficina, que me permitiera realizar mi trabajo sin tener que estar atado a un lugar fijo.

Y en esa búsqueda de alguna forma llegué a la conclusión de que la carrera en la que podría encontrar lo que deseaba era la de periodismo, luego de descartar otras opciones.

Pero el camino no estaba despejado. Había elegido una de las profesiones con mayor demanda. Y la principal desventaja que tenía era que no contaba con pase automático a la UNAM, que mi formación se había enfocado más hacia el rubro tecnológico que al humanístico; y que tenía que pasar el examen de admisión.

Y lo pasé.

Tengo que decir que a lo largo de la carrera, en mi generación, tanto en el turno de la mañana como en el de la tarde, sólo me encontré a otros dos

compañeros que habían ingresado a la UNAM por medio del examen de admisión. Todos los demás llegaron mediante el pase automático pues venían de una prepa o un CCH.

Ahí, justo ahí, comenzó esta historia de manera formal.

Pero debo reconocer que comencé la historia casi en la nada. En un punto cero. Literalmente la universidad tuvo que formarme. Porque llegué a estudiar la carrera de periodismo, pero nada o prácticamente nada sabía del periodismo.

Quería trabajar en un periódico, pero nunca antes había comprado uno exclusivamente por el gusto de leerlo, de informarme; el único acceso que tenía a las noticias, como una parte importante de la población, se limitaba a los noticiarios de radio y televisión.

Tenía la intención de ser reportero de un medio escrito, pero la escritura era para mí algo prácticamente ajeno, mi redacción era pésima y ni hablar de mi ortografía.

Lo peor del caso es que creo que en ese momento no me percataba de esta situación, pues la mayoría de mis compañeros de generación y de clases presentaban deficiencias similares, si no es que incluso mayores, lo cual ya es mucho decir.

Todavía recuerdo la expresión de desilusión de la profesora Alejandra Ledezma Lara, una de las que más influyó en mi formación en la parte periodística, cuando en la segunda clase nos entregó las hojas de cuaderno en la que sus alumnos habíamos respondido a la pregunta de “¿Por qué estoy estudiando la carrera de periodismo?”. La redacción y la ortografía de todo el grupo fueron deprimentes. Afortunadamente la profesora Alejandra siguió adelante.

La primera nota

Tuvieron que pasar dos años desde que ingresé a la universidad para poder publicar una nota informativa en un periódico. Tan sólo fueron tres párrafos, con mi nombre al final de ellos en medio de un paréntesis. Estaba en un rincón medio extraviado de una página de la sección Cultura de *El Financiero* del 6 de mayo de 1996, pero no importaba. Lo había logrado y apenas era el principio.

No recuerdo a ciencia cierta cómo conocí a Víctor Roura, el editor de la sección Cultura del periódico *El Financiero*. Es parte de los defectos o bondades de mi memoria, pero esa explicación sobre mi memoria la verán en el segundo capítulo. Al parecer Roura acudió a una serie de conferencias que se organizaron en la escuela y dejó abierta la posibilidad de que los estudiantes le enviáramos algunos textos para que los publicara. El caso es que le comencé a mandar algunos textos al periódico, vía fax, con la esperanza de que los publicara.

Para enviarle los textos, en algunos casos tuve que hacer peripecias como usar la impresora y el fax de mi trabajo sin que se dieran cuenta en el mismo. Los textos que le enviaba no eran acordes con la sección Cultura, pero comenzaban a reflejar parte de los temas que he llegado a considerar como mis *Leit Motiv* y a los cuales posteriormente les dedicaría una buena parte de mi trabajo en los años siguientes.

Después de varios intentos, finalmente me publicó la siguiente nota:

Reprobaron los aspirantes a la UNAM

La calificación media que se registró en la primera vuelta del examen de admisión a la Universidad Nacional Autónoma de México, el pasado mes de febrero, en el área de Ciencias Sociales y en la de Humanidades y las Artes fue de 4.08 y 4.42 respectivamente. Una evaluación claramente reprobatoria. Cabe señalar que en este examen de selección participaron 65 mil 923 aspirantes, de los cuales sólo fueron aceptados 4 mil 862, es decir uno de cada siete. Y que aunque el examen se divide en cuatro sectores: Humanidades y las Artes, Ciencias Sociales, Ciencias Biológicas y de la Salud, Ciencias Físico Matemáticas y las Ingenierías. Aproximadamente la mitad de los aspirantes realizó el examen en el área de Ciencias Sociales, mientras que una mínima parte se dirigió al área de Humanidades y las Artes. La UNAM publicó ayer la segunda y definitiva convocatoria para ingresar a la licenciatura en el ciclo escolar 1996-1997, en donde se pondrán en concurso, de nueva cuenta, sólo 4 mil 862 lugares.

Después de la publicación de este primer texto le continué enviando otros trabajos, pero ya no hubo suerte. No volví a publicar en ese espacio hasta tiempo después de que ingresé a *El Financiero*.

Servicio social

Tres semestres antes de terminar la carrera asistí a un foro de periodistas, la verdad es que no recuerdo ni cuál era la temática del evento, ni dónde se realizó, ni a los participantes, a excepción de Jesús Sánchez, editor de la sección Política de *El Financiero*. Al término del foro me acerqué a platicar con él para ver si había la posibilidad de entrar a hacer prácticas al periódico, pues me interesaba comenzar a tener un contacto directo con el desempeño de la profesión. Tampoco recuerdo la plática en cuestión, pero me dio su tarjeta de presentación y me pidió que lo buscara.

A los pocos días ya estaba en su oficina en busca de la oportunidad. Al parecer le llamó la atención que hablara en serio, pues en la plática habían estado presentes más estudiantes de periodismo de otras escuelas y sólo yo lo había buscado. El caso es que me dijo que me iba permitir ingresar y laborar durante unas semanas en el área de “monitoreo” del periódico. Claro, sin pago alguno. Pero eso no me importaba, aunque obviamente mi intención era quedarme en el periódico. Y lo hice, no salí sino hasta cinco años después.

Aquí es donde me parece que reafirmo lo que en alguna ocasión posterior me dijo un entrevistado: “el hombre es un ser eminentemente circunstancial”, porque en muchas ocasiones su vida la marcan las circunstancias. En esa ocasión las circunstancias que me rodeaban hicieron que las cosas coincidieran y que se dieran por sí mismas. En el trabajo que tenía en ese tiempo, por equis problemas decidí renunciar. Ya sin trabajo y con el poco dinero que me dieron de liquidación y que me permitía solventar mis gastos por un periodo corto, las circunstancias me llevaron al periódico.

Y aquí me encontré, a un par de semanas de haber ingresado, con que *El Financiero* había realizado anteriormente un convenio con la UNAM para que se le permitiera a estudiantes de la carrera de periodismo realizar su servicio social en la empresa, aunque fuera del sector privado. Pero dicho convenio ya había vencido y no había sido renovado.

Ante la posibilidad de poder realizar el servicio social en un sector en el que realmente podía aprender y no perder el tiempo cumpliendo con un mero trámite burocrático, como les pasaba a varios de mis compañeros de carrera que de pronto se encontraban haciendo labores de todo menos de cuestiones relacionadas con la profesión durante su servicio social, me di a la tarea de reactivar el convenio. Tuve que acudir directamente al área encargada de este rubro en Ciudad Universitaria, entrevistarme con la titular del sector y obtener su aprobación para que realizara el servicio social en el periódico. Y así lo hice. Me quedé en el área de monitoreo y guardias del periódico.

Antes de continuar debo decir que previo a mi ingreso a *El Financiero* hice otros intentos. El primero fue cuando, en ese entonces, el recién creado periódico *Reforma* lanzó una convocatoria para captar jóvenes estudiantes de periodismo. Ese fue mi primer fracaso. El primer momento en el que me di cuenta de algunas de mis deficiencias. De ese momento, que borré prácticamente de mi memoria, sólo recuerdo que el día que me presenté a hacer el examen y que por alguna mendiga razón no alcancé una computadora y tuve que enfrentarme a una máquina de escribir electrónica. Ahí fue el primer acabose, pues no tenía ni la más remota idea de cómo se manejaba y cuándo lo descubrí ya era demasiado tarde. A la distancia ya no recuerdo en qué consistió dicho examen, sólo tengo claro que salí de ahí con la firme idea de que tenía mucho que mejorar.

Tiempo después acudí a *La Jornada* con la intención de ingresar a algún área relacionada con la redacción. La idea era empezar desde abajo para tener un espacio cuando terminara la carrera. Dejé mi solicitud de empleo y nada pasó. Creo que desde los primeros semestres ya traía la inquietud, las ganas de entrar a un medio escrito antes de terminar la carrera, sobre todo para no tener que enfrentarme al hecho de concluir la licenciatura y no tener trabajo, por lo menos de lo que había estudiado, porque trabajo tenía desde antes de ingresar a la Universidad, como muchos estudiantes tuve que trabajar y estudiar al mismo tiempo. Y bueno, en cierta medida tenía un temor justificado al porvenir, a la posibilidad de que concluyera la profesión y que de nada hubieran servido tantos años de estudio.

En especial, porque una maestra me había hecho ver lo difícil que era ingresar a laborar a un medio y la relevancia que tenía la práctica en esta profesión. El primer contacto directo con una redacción, de radio, fue gracias a la oportunidad que ella nos brindó a mí y a otro compañero de hacer prácticas durante una semana.

Notas por teléfono

¿Cómo fueron esos primeros días en el periódico? La verdad es que están en el olvido. ¿Por qué? No lo sé. Y no es porque hayan sido malos. Así es mi memoria. Sólo me quedan algunas imágenes, algunas escenas y las primeras instrucciones que recibí en el llamado Centro de Información sobre el manejo de los reportes que llegaban de las agencias de noticias y los criterios para clasificar “los cables” y colocarlos en el lugar que les correspondía, dependiendo de la sección del periódico a la que se tenían que distribuir.

También me queda la sensación del apoyo que me brindó la mayoría de los compañeros que laboraban en esta área. Los consejos que me dieron y los primeros resúmenes que me permitieron hacer de notas de agencias para incluirlos en el “monitoreo” de los noticieros de radio y televisión que les entregaban a los editores.

De este periodo lo que más me viene a la mente es el recuerdo de lo que no me gustaba hacer y que era tomar los adelantos de información o las notas que dictaban los reporteros por teléfono. Era una actividad que en la medida de lo posible buscaba evitar. Me ponía nervioso, en especial cuando por alguna razón me llegaba a tocar una que otra reportera que se sentía estrella y que dictaba muy rápido, o por lo menos muy rápido para alguien como yo que en ese entonces sólo escribía en la computadora con dos deditos, je je.

La única parte buena de este punto es que una compañera capturista me puso a hacer ejercicios para memorizar el teclado y aprender a escribir con todos los dedos. Aun así, siempre que podía rehuía tomar notas por teléfono.

Tiempo después me tocó a mí estar del otro lado del teléfono dictando y comprender a quienes teclean mientras uno pasa la nota.

Cuando aparece el crédito

Desde un principio busqué la oportunidad de comenzar a reportear, de escribir, de publicar, no quería quedarme solamente imprimiendo, separando y repartiendo notas de agencia o monitoreos de radio y televisión. Quizá el hecho de que no tenía la misma responsabilidad que los compañeros que laboraban en esa área del periódico, quizá la frescura que da el comenzar a conocer las cosas, quizá el deseo de ver publicado mi crédito, de que alguien pudiera leer lo que yo escribiera me impulsó a entregarle notas, ya sea del día o un poco trabajadas al editor de la sección Sociedad, Javier Ibarrola.

Y aquí necesito hacer un paréntesis, porque me acabo de acordar de algo, de algo más, porque estas memorias creo que se han vuelto una especie de recordatorio, jeje, en el buen sentido, claro. Creo que me acerqué a Javier Ibarrola en especial porque en la biblioteca de la ENEP descubrí, por esos mismos tiempos, varios libros sobre diversos géneros de periodismo que él elaboró y que me parecieron interesantes. Y ahora tenía la oportunidad de aprender directamente de él y que me dijera mis errores.

Y tuve suerte, me comenzó a publicar. Al inicio notas reporteadas desde la redacción, por teléfono, sobre temas sencillos, del día, en especial de educación que era un sector prácticamente sin cobertura en el periódico, y que simplemente podían consistir en anunciar el inicio del ciclo escolar o la convocatoria de ingreso a la universidad. Pero, era el principio. Y mi nombre ya aparecía en el periódico, aunque fuera al final de la nota en medio de un paréntesis.

Ya después llegaría el tiempo de que el crédito apareciera bajo la cabeza de la nota. Y todavía no terminaba la carrera.

Las entradas

En los libros sobre los géneros periodísticos que escribió Javier Ibarrola me encontré con que era de quienes impulsaba las formas novedosas de narrar las noticias y la idea de contar con alguien que apoyara nuevos estilos me llamó la atención y también desde el principio busqué cambiar el estilo de la nota informativa rígida que se hacía en el periódico, en especial en la forma de hacer las entradas. Casi nadie lo hacía. Y a mí me lo permitieron.

De mis inicios, una de las notas que más recuerdo es la que hice por la coyuntura del día de las madres y otra sobre la contaminación en la zona metropolitana. En ese momento buscaba atraer la atención de los lectores con otra manera de redactar las notas, no nueva, pero sí distinta a lo que se hacía en el periódico.

A mayor educación, las mujeres tienen menos hijos

--¿Cómo me imaginas dentro de unos años?, le pregunta la muchacha de pantalones de licra ajustados y top a su acompañante.

-- Te imagino casada, gorda, realizando trabajos domésticos, con un niño en brazos, otro en la cuna y uno más jalándote la falda y pidiéndote de comer.

-- ¡Aiichh! Ya ves cómo eres, protestó la joven de aproximadamente 16 años mientras abandonaban el vagón del Metro, en la estación Insurgentes.

El Metro continuó su recorrido.

Si la joven solicitara una fórmula para lograr evitar que se cumplan los pronósticos de su acompañante, el punto central de la misma sería: la educación.

Así es, en México las mujeres que no cuentan con la escolaridad primaria tienen en promedio 5.4 hijos, en tanto las que poseen bachillerato o más, sólo tienen dos vástagos...

**La nota se publicó el 9 de mayo de 1997*

Contaminación, lastre cotidiano para los capitalinos

Si los más de tres millones de automóviles que circulan en el Valle de México se colocaran uno delante de otro, se podrían formar tres líneas paralelas que atravesaran el país desde Mexicali, Baja California, hasta Boca del Suchiate, Chiapas. Y aun así, sobrarían carros.

Sin embargo, si se les ve transitar en esta urbe no es fácil imaginarse tal cantidad y muchos menos los 20 millones de litros de gasolina que consumen. Más están aquí, en el área metropolitana, haciendo una dupla perfecta con las emisiones de contaminantes de las 30 mil industrias que operan en la zona.

Ahora bien, si a esto se le agrega el consumo diario de cinco mil 479 toneladas de gas LP de los 17 millones de habitantes del Distrito Federal, se puede comprender por qué en esta parte de México se propalan a diario 11 mil toneladas de contaminantes a la atmósfera, cantidad que equivale a 23.5 por ciento del total de emisiones de todo el país.

**La nota se publicó el 21 de enero de 1997*

Una de las formas de darme cuenta que esta manera de escribir sí llamaba la atención y de que sí me leían fueron los comentarios favorables que comencé a escuchar en el propio periódico de quienes preguntaban que quién era yo. Y es que a pesar de que me encargaba de repartir los cables de las agencias y los resúmenes de noticias a todos los editores y, por lo mismo, tenía contacto con la mayoría de las áreas del periódico, como todavía no trabajaba formalmente en el periódico muchos no sabían que yo era Carlos Avilés y pensaban que se trataba de un nuevo reportero.

Un ingreso nada fácil

Si por lo que he platicado hasta este momento de lo que se me permitía hacer en el periódico y de la forma en que me publicaban se piensa que al finalizar el servicio social fue fácil mi ingreso al periódico no fue así. En ese momento las contrataciones en el periódico estaban prácticamente canceladas, lo mismo que en la mayoría de los medios de comunicación.

Resulta que terminé el servicio social y no había vacantes. Había hablado con antelación con el subdirector y me había dicho que pronto se generaría un espacio y que ingresaría. Pero ese día no llegaba. El tiempo pasaba y no se definía nada y yo seguía yendo...

A mí me interesaba ingresar en especial a *El Financiero* por el público al que llegaba, por las personas que lo leían. Era sí, un diario especializado en finanzas, pero con buena presencia política y cultural, con un perfil de lectores profesionistas, y en general, como decía su slogan publicitario, un diario que llegaba a quienes tienen el poder de decisión. Y esto era lo más importante para mí, porque si bien la gente sobre la que yo escribiera no me leería, quienes podían hacer algo por cambiar su situación de vida, sí.

Así estaban las cosas cuando le planteé mi situación a Javier Ibarrola, ya un poco medio desanimado. A los pocos días se enteró de la existencia de una vacante y me ofreció el lugar. Pero había que cambiar de rumbos, dejar el Centro de Información e ingresar como auxiliar de redacción al área que controlaba a los corresponsales de todo el país y donde se elaboraban las secciones que se encartaban en las ediciones de los estados.

Generalmente rehuyo ponerle etiquetas a las cosas o a los momentos, quizá por eso sólo diga que el estar en la Coordinación de los Estados me sirvió para aprender y para dedicarme a hacer algunos de los trabajos periodísticos en los que se reflejan mis inquietudes por tratar de cambiar o de retratar algunos de los problemas de tipo social que han formado parte de mi entorno.

Debido a que no podía cubrir la información del día por las actividades que tenía que realizar en la tarde en el periódico, me dediqué a hacer trabajos más elaborados sobre los temas que a mí me interesaban e inquietaban. Dado que era un trabajo que llevaba a cabo por iniciativa propia, yo mismo fijaba mis propios temas y eso me gustaba. Además, eran bien recibidos y destacaban más.

Estar en la coordinación de corresponsales me permitió también conocer y aprender del trabajo de edición y formación de las páginas del periódico, porque en este sector se hacían las secciones regionales que sólo aparecían en los diarios que circulaban en el interior del país. En ese momento *El Financiero* tenía secciones especiales que únicamente aparecían en las

regiones de la zona occidente, noreste, noroeste, sureste y bajío del país, si no mal recuerdo, y tres de esas secciones se realizaban en la ciudad de México y se enviaban por la red electrónica, las otras dos se elaboraban en Guadalajara y Monterrey, pero se supervisaban también desde aquí.

A los pocos meses de que llegué se dieron cambios en esta área y los fines de semana, que era cuando descansaba mi jefa, prácticamente me hacía cargo de todo el sector, pues tenía que estar en contacto con los corresponsales, recibir su información, checarla con los editores de las secciones nacionales, verificar qué información se iba para estas áreas, y decidir qué información y de qué forma se publicaba en las secciones regionales.

En esta coordinación de corresponsales, que posteriormente se fusionó con el Centro de Información, estuve dos años.

Genios e ingenios

Durante el tiempo que estuve en el área que coordinaba la información de los estados traté de mantener mi presencia en el periódico publicando textos en las secciones de Sociedad y Política, mismos que elaboraba en mis espacios libres.

Al poco tiempo de haber llegado a esta coordinación logré entablar una buena relación de trabajo con mis compañeros y en especial con la que era mi jefa, Guadalupe Macías Márquez, lo que propició que tan sólo a unos meses de conocerla me invitara a formar parte de una publicación mensual que pretendía convertirse en “un enlace entre la escuela y la industria”.

La elaboración de este proyecto lo impulsaba Guadalupe Macías de manera paralela al trabajo que desempeñaba en *El Financiero*. Incluso para evitar que se crearan malos entendidos antes de que saliera el primer número, en diciembre de 1997, de la revista denominada *Genios e Ingenios*, platicó con el director del periódico, Alejandro Ramos, quien no encontró ningún inconveniente en que impulsara este proyecto, pues era totalmente distinto a lo que hacía el diario.

Pero como en ese primer momento no platicaron sobre mi participación en *Genios e Ingenios*, para seguir evitando malos entendidos en el primer número tuve que firmar con un seudónimo. Mis trabajos aparecieron con el nombre de Juan Carlos Ávila. Ha sido la única vez que he firmado con seudónimo. Para el segundo número ya todo se había aclarado y de parte del periódico no había ningún inconveniente en que yo trabajara en ambos lados.

Para dar una idea clara de lo que era *Genios e Ingenios* es mejor que reproduzca algunas de las ideas que plasmó Guadalupe Macías en la presentación del primer número que se publicó en diciembre de 1997:

“*Genios e Ingenios* abre sus páginas para que el ingenio de muchos genios tenga cabida en un medio de comunicación.

“Queremos darle la connotación de genio, no sólo al estudioso de renombre que con mucho esfuerzo ha logrado colocarse entre los grandes del conocimiento, sino también a aquel mexicano que desee aportar su creatividad al servicio de la sociedad.

“*Genios e Ingenios* es una publicación con periodicidad mensual, que ofrece también un lugar para la población estudiantil propositiva y creadora y su interrelación con la sociedad. Para ellos tendremos un espacio para la difusión de oportunidades de trabajo, de capacitación, de actualización, y de desarrollo académico en México y el extranjero.

“*Genios e Ingenios* difundirá el conocimiento, el talento y la creatividad, y se esforzará por convertirse en un importante enlace entre dos actividades

fundamentales para el progreso de una nación: la educación y la productividad”.

En sí era un magnífico foro para vincular la tarea académica, la investigación, los estudiantes y el sector empresarial e industrial.

Pero la tarea no era sencilla, había que comenzar, talachearle, por lo que aparte de recabar información para la publicación también había que hacer lo necesario para lograr difundir y hacer que se conociera la revista en las universidades, tanto públicas como privadas, así como en las industrias y en los organismos empresariales.

Además de reportear, en ocasiones también había que salir con un paquete de revistas para distribuir las en los actos a los que acudía en busca de la noticia.

Fue una grata experiencia, pero a mediados de 1998 decidí dejar de participar en la revista, pues había disminuido mi presencia en el periódico y me interesaba más lograr un espacio en el diario. En especial, porque se había dado una nueva coyuntura con el regreso de Raymundo Rivapalacio y la creación de un grupo de reporteros dedicados exclusivamente a reportajes y temas especiales. Y yo quería estar en ese grupo.

Aterrizaje forzoso

El control y la decisión sobre qué reportajes se publicaban o no comenzó a quedar a cargo de Raymundo Rivapalacio; de ahí que decidiera platicar con él y manifestarle mi interés por presentarle mis trabajos para que los evaluara y, de alguna forma, me permitiera formar parte de su grupo de reporteros sin serlo de manera formal. Y aceptó.

Debido a que había escuchado los comentarios acerca de lo estricto y exigente que era, lo primero que le presenté fue un trabajo relacionado con el consumo de las drogas legales como el alcohol y el tabaco. El tema en cierta medida ya lo conocía, pues lo había tratado con anterioridad y había tenido tiempo de reportearlo más a fondo. Y el resultado fue positivo. El reportaje le agradó. Y yo me sentía lo máximo.

Pero el aterrizaje vino después. El segundo reportaje que le entregué fue sobre menores delincuentes. ¡Y zas! Cuando acudí a conocer su opinión me entregó el texto todo rayado, con apuntes en todas las hojas. Había que rehacerlo por completo. ¿Qué me había pasado? Casi casi fue lo que me preguntó. Paso a paso me fue mostrando mis errores. Me sentía fatal y con esa sensación me hubiera salido de su oficina de no ser porque alcancé a ver que en su escritorio tenía los textos de algunos de los reporteros de su grupo de asuntos especiales también con apuntes y correcciones. Dicen que mal de muchos consuelo de tontos, pero en ese momento ese punto me ayudó a sentirme menos mal.

En el tiempo que llevaba en el periódico mis textos se habían publicado sin mayor problema. Prácticamente nadie los revisaba. Se publicaban sin correcciones. Y ahora me daba cuenta de que todavía tenía mucho que aprender. Y decidí hacerlo.

Fue un periodo grato de aprendizaje en el que pude desarrollar y explotar de mejor manera los temas que más me interesaban en ese momento, pues al no estar formalmente en su equipo de trabajo podía formular mis propias propuestas. Incluso pude incursionar en la elaboración de crónicas ciudadanas que llegaron a publicarse casi cada semana.

Algunos de los textos de ese periodo son los que se encuentran en el segundo capítulo.

Mi intención en ese momento era tratar de incorporarme al equipo de Raymundo Rivapalacio, pero no se pudo. Meses más tarde salió nuevamente de *El Financiero* para hacerse cargo de todo el trabajo previo para crear el periódico *Milenio*. El grupo de reporteros de asuntos especiales, también conocidos irónicamente como de “becas especiales” y “asuntos espaciales”, por todas las ventajas y apoyos con que contaban para desempeñar su trabajo,

pasó a cargo directamente del director, después del subdirector y finalmente terminaron desapareciéndolo.

El nuevo vecino de la plana

Para ese entonces yo seguía en la coordinación de los estados, la cual ya se había fusionado con el llamado Centro de Información. Formar parte de esta área me había permitido entablar una relación directa con prácticamente todos los corresponsales del país y entablar amistad con varios de ellos. Entre ellos se encontraba Argentina Casanova, la corresponsal en Campeche, quien a su vez también trabajaba para el diario local *Novedades Campeche*. Ella tenía a su cargo, entre sus múltiples ocupaciones, elaborar la sección Editorial del periódico local en la que se incluían diversos artículos de opinión. De tal suerte que en los últimos días de marzo de 1999 me ofreció un espacio para escribir una vez por semana. La oferta en sí era tentadora, pues a pesar de que no había un pago de por medio, me permitía contar con un foro para expresar diversas ideas, aun cuando el texto se publicara en Campeche, en una entidad con menos habitantes que ciudad Nezahualcóyotl.

Y acepté. A los pocos días cambió el esquema y el espacio que me ofreció se convirtió en columna que se publicaría todos los jueves. Así es que tenía que elegir el nombre de la columna. Y quizá no haya sido muy creativo a la hora de elegir el nombre de la columna. Pero, la razón que más recuerdo para ponerle El Nuevo Vecino de la Plana fue estimar que este nombre resultaría llamativo para los lectores que no me conocían, pues en cierta medida generaría interés saber quién era el nuevo vecino de la plana y qué era lo que decía. Si bien a las pocas semanas pudiera dejar de ser el nuevo vecino de la plana y por tanto dejar de tener vigencia el nombre, si lograba que el nombre atrajera a un nuevo lector que no conociera mi espacio, con ese simple hecho justificaba su existencia.

Este espacio lo aproveché para difundir algunas ideas sobre temas en general, pero también para retomar algunas de las conclusiones de los reportajes que había realizado y para reproducir algunas de las crónicas urbanas que había tenido oportunidad de realizar, pues qué mejor público para leer lo que pasa en la ciudad de México y sus alrededores que alguien que no vive aquí.

De las columnas que se publicaron sólo conservo un par de páginas que me envió por fax Argentina Casanova del periódico *Novedades Campeche*. Durante un tiempo me guardó algunos de los ejemplares, pero como no hubo oportunidad de ir por aquellos lares y cuando lo hice sólo fue de paso, no tuve forma de conservar el material.

La experiencia concluyó unos meses antes de que terminara el año y los motivos fueron un tanto similares a los que propiciaron que dejara la revista *Genios e Ingenios*, no me alcanzaba el tiempo para hacer los trabajos que

buscaba publicar en *El Financiero* y la oportunidad de estar reportando de tiempo completo ya estaba cerca.

Autoentrevista en tres tiempos

Reportero

Ya llevaba tiempo esperando que se me permitiera entrar de lleno a reportear y la oportunidad nada más no surgía. En los hechos ya era reportero, pero no se reflejaba en la nómina. Además, sentía que mi capacidad superaba por mucho las actividades que tenía asignadas. En esas andaba cuando dos compañeros reporteros renunciaron. En ese momento decidí hacer una carta y pedirle el puesto de reportero al director del periódico. Al mes ingresé ya como reportero formal a la sección de Política.

-- ¿Era lo que buscabas?

-- La verdad, sí. Pero no duró mucho.

-- ¿Por qué ...

-- Era una especie de comodín, no tenía una fuente fija y me podían mandar a cualquier evento o a investigar cualquier tema. Eso a mí me gustaba porque me permitía ingresar a diferentes mundos y poder tener una visión más amplia. Lo mismo podía estar en una marcha, siguiendo el conflicto universitario, al CGH, en la elección del Estado de México que en algún acto de los candidatos presidenciales. Y en esas andaba, tranquilo y feliz, cuando alguien, al parecer el director, decidió que debía cubrir el sector justicia, el cual estaba vacante desde hacía unos meses porque el compañero que lo cubría había renunciado meses atrás.

-- ¿Y tu no querías?

-- Para nada. No estaba en mis planes. No era lo que yo quería. Era un sector que no me gustaba y se los dije. Pero no había opción, era una orden, una decisión ya tomada. Y no me quedó más que aceptar el reto, cubrir las expectativas, demostrar que el rechazo no era porque no podía sino porque no me gustaba, y luego buscar un cambio de fuente.

Afortunadamente sólo fueron unos días, porque la parte circunstancial de todo reportero nuevamente apareció y hubo un cambio de planes, un traslado a formar parte de una de las coberturas más importantes en el 2000: las campañas presidenciales...

-- ¿Y a qué se debió el cambio?

-- Fíjate, qué curioso, fue a raíz de un accidente que tuvo otro compañero reportero. Y después pude seguir en las campañas porque a su regreso renunció para incorporarse a otro medio. Y hasta ahorita que me preguntas me doy cuenta cómo cuando alguien decide cambiar de rumbo sin querer modifica el rumbo de otros.

-- Por lo que se ve a ti te encantó la idea de cubrir una campaña presidencial.

-- Así es. Me tocó cubrir la última etapa de la campaña presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas. Creo que una de las mejores vivencias que puede tener un reportero es la cobertura de una campaña presidencial, en especial si se trata de uno de los principales actores de la contienda. Digamos que son parte de esos momentos privilegiados a los que tiene acceso un reportero y que le permiten poder estar, que no participar, en algunos de los instantes cruciales para la historia del país.

Más que los recorridos, las giras de campaña por varias entidades del país, las caravanas en el autobús, los vuelos de ida y vuelta el mismo día; las prisas por mandar, primero, el adelanto y, después, la nota; la experiencia de dictar “al vuelo” la información por teléfono; o el hecho de estar ahí, justo en el momento que hace historia; de toda la parte de la cobertura que me tocó cubrir sólo me viene a la mente un instante, uno solo, pero que puede ser de valor para estas memorias periodísticas.

El grupo de reporteros que cubríamos las giras del ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas estábamos en el autobús de campaña a punto de partir para comenzar con las actividades programadas para ese día. Unos leían el periódico de casa y otros más la síntesis informativa cuando de pronto M hizo alusión, de manera airada, a lo que había publicado C, quien no se encontraba todavía en el lugar. No recuerdo de manera textual lo que dijo M, pero palabras más, palabras menos, se puso a cuestionar la falta de profesionalismo del compañero C, porque había distorsionado la información de las actividades realizadas por Cárdenas el día anterior. Y era cierto, la nota de C no concordaba con lo que había pasado. Era una visión claramente tendenciosa que plasmaba un pésimo escenario y aceptación de la campaña de Cárdenas entre la población, una visión por lo demás acorde con el medio de comunicación donde trabajaba C.

Pero no, no fue eso lo que me llamó la atención. El comentario de M me sorprendió de sobre manera porque apenas unos días antes había comprobado que él también distorsionaba o presentaba versiones informativas que se alejaban de lo que sucedía en los actos de proselitismo de Cárdenas. La diferencia era que en su caso las versiones se convertían en verdaderas loas de lo que hacía Cárdenas. No podía ocultar su apoyo y simpatía por él. Entonces, ¿cómo se atrevía a criticar a alguien que hizo exactamente lo mismo que él, pero con un mensaje inverso?

Como quiera que sea lo que me quedó claro es que ambos extremos son reprobables. Creo que si bien la objetividad no es posible, porque —como bien diría un compañero desde la universidad— la objetividad es muy subjetiva; lo que sí es posible es tratar de narrar los hechos apegándonos a lo que pasa, a lo

que vemos. Quizá sólo sea la visión de lo que nosotros vemos, pero en todo caso debe ser una visión apegada de lo que vemos, siempre procurando incorporar también la visión de los demás.

Porque creo que nada hay tan reprochable como que un reportero distorsione, con toda la intención de hacerlo, esa parte de la realidad que le tocó plasmar o narrar.

En especial en los medios escritos, porque no sólo se presenta a sus lectores una visión errónea de lo que pasa, sino que también se deja una historia falsa de lo que ocurrió a quienes quieran reconstruir los hechos en el futuro.

Es curioso, pero lo que me llamó más la atención es que esa misma visión falsa incluso la pueden asumir como verdad los protagonistas de la historia que se cuenta.

En el caso de Cárdenas me tocó constatar que él estaba convencido de que lo que decía gente como M era el panorama más acertado de lo bien que iba su campaña electoral. Lo cual era totalmente incorrecto. Si bien lo que ocurría en la campaña no estaba como lo plasmaba C, lo cierto es que la campaña de Cárdenas sólo tenía éxito entre el voto duro con que contaba en el país. Y era claro que había más muestras de simpatía hacia Vicente Fox.

En un principio llegué a pensar que lo que decía Cárdenas de lo bien que iba su campaña era un mero truco y un elemento publicitario estratégico, hasta cierto punto justificable y entendible, pues no podía reconocer en público que las tendencias no le favorecían.

Pero no, lo peor del caso es que por los comentarios que le hacía a su principal círculo de colaboradores, en privado, daba muestras de que estaba convencido de que esa visión de triunfo era la correcta. Las elecciones del 6 de julio de 2000 se encargarían de desengañarlo.

-- ¿Y qué pasó después, te regresaron a cubrir el sector justicia?

-- Afortunadamente, por lo menos de momento, no, me permitieron seguir en la cobertura de la etapa de transición, de cambio e incluso la parte final, sólo un par de semanas, de las giras y actividades del entonces presidente Ernesto Zedillo.

-- ¿Por qué dices que por el momento?

-- Es que después hubo cambios en el periódico, me cambiaron a la sección de Sociedad, ya no era el mismo editor de cuando entré a hacer el servicio social, y nuevamente se me encargó el sector justicia, que básicamente incluía la cobertura de los casos que tuvieran relación con la Procuraduría General de la República, algunos juicios, la Suprema Corte de Justicia de la Nación y las Secretarías de Marina y de Defensa Nacional.

Ya prácticamente era fin de año, así es que decidí tomar vacaciones, cargar baterías y tomar ánimos para internarme a ese mundo desconocido que no estaba en mis planes, justo al inicio del 2001.

-- ¿Y por qué la molestía, el desagrado?

-- Porque no era algo que estuviera en mis planes, me interesaba más estar en el sector político y/o haciendo trabajos vinculados con los problemas de tipo social que afectan a la población, y después formar parte del equipo de reporteros encargados de asuntos especiales...

-- ¿Pero algo bueno debía haber en este sector que da noticias de primera plana?

-- Seguramente, pero creo que es una cuestión de gustos.

-- ¿Y qué fue lo que pasó, con el tiempo te adaptaste, le encontraste el gusto?

-- En el caso de la Secretaría de Marina me encontré con un mundo que me agradó, con un mundo poco explorado que me permitió estar en lugares a los que de otra forma no hubiera podido tener acceso, como una isla a decenas de kilómetros de Yucatán.

Mientras que en el caso de la Corte me di a la tarea de tratar de conocer este sector que para mí, como para muchos mexicanos, era francamente desconocido, y que comenzaba a tomar una notoriedad que al parecer nunca antes había tenido.

Canal 40

Y en esas andaba, cuando de manera inesperada llegó una invitación para entrar a trabajar a CNI Canal 40, el nuevo, joven e innovador proyecto de televisión. En ningún momento me había visualizado en televisión, pero de pronto el proyecto mismo me pareció definitivamente atractivo y emprendí un nuevo rumbo a finales del 2001. Curiosamente la invitación me la hicieron unos días antes de salir a Morelia, Michoacán, a cubrir la última semana del proceso electoral estatal y la elección de gobernador que esta vez sí ganó otro Cárdenas: Lázaro. Estando en Morelia tomé la decisión y tan pronto como regresé hice los amarres pertinentes y emprendí el cambio.

-- ¿Pero qué fue lo que pasó, al mes renunciaste a Canal 40?

-- Creo que todavía no tengo la respuesta. Creo que todavía no me lo explico a mí mismo. Lo único que te puedo decir es que algo pasó, no logré sentirme cómodo, a gusto con lo que estaba haciendo, y no por el excelente proyecto al que había llegado, sino por alguna cuestión interna propia. Y en el Canal me entendieron, no me lo reprocharon, salí bien.

Mi memoria, como la mayoría, es selectiva, discriminatoria de datos y uno no sabe, o prefiere no ahondar, en los criterios que toma para la selección. Y con mi paso fugaz por Canal 40 sucede algo por el estilo. Por algún motivo en mi memoria prevalecen las sensaciones sobre las experiencias periodísticas acumuladas en ese breve lapso.

Y las primeras sensaciones que recuerdo son las que están ligadas a la incomodidad que tenía en ese momento conmigo mismo y que me decían y me hacían sentir que no estaba haciendo algo que me gustara, que fuera lo mío.

Y quizá esto se debiera a los polos totalmente opuestos, aunque comunicantes, que hay entre los lenguajes de la prensa escrita y la televisión.

De alguna manera percibía, sentía, que lo mío no era tanto el tener que estar permanentemente sujeto a la cobertura de los actos o eventos programados, a la dependencia de una cámara. Por lo menos no por ahora.

Todo me indicaba que lo mío, lo que disfrutaba, era tener la libertad de propiciar mi propia agenda de trabajo, de no estar tan sujeto o destinado a cubrir básicamente actos. Y, en especial, tener la gran ventaja de platicar, de entrar a los mundos que quisiera, sin necesidad de una cámara.

Quizá por todo esto a la distancia me resulta tan significativo el hecho de que ese mes se me hizo larguísimo. Y, en cambio, el paso del tiempo en el medio escrito en el que ahora estoy prácticamente no lo he percibido.

De las sensaciones, no lo niego, también se me quedó grabado el nerviosismo y hasta cierto punto el miedo inicial que provoca tener una cámara de televisión en frente o simplemente tener que grabar la voz para narrar la noticia. Dos puntos totalmente novedosos para mí, porque llegué a Canal 40 prácticamente sin haber tenido contacto alguno con un medio informativo de televisión.

Y es que me invitaron a formar parte de este proyecto básicamente por dos motivos: mi formación como reportero y mi edad. Lo primero, porque buscaban a alguien que supiera reportear y que no tuviera los vicios de otras televisoras, un poco o un mucho, con la visión de que lo mejor sería que ellos me formaran y me apoyaran en la cuestión técnica. Y lo segundo, porque el perfil del canal que manejan es el de una empresa joven, impulsada por jóvenes.

Y no, ni el nerviosismo ni el miedo inicial, y hasta cierto punto normal y pasajero, que genera una nueva actividad, fueron lo que decidió mi corta estancia en el Canal. En cambio, sí fueron de las sensaciones que se me quedaron grabadas.

De las experiencias periodísticas es poco lo que recuerdo y lo que puedo contar, pues me quedé en la etapa de arranque, de adaptación y aprendizaje,

tanto del manejo de la locución como de la grabación de los “stand”, que son las partes grabadas en las que aparece el reportero al presentar las noticias. Sólo puedo decir que en el poco tiempo que estuve, que en las tres o cuatro ocasiones en que aparecí en la pantalla y en las diversas veces en que mi voz contó alguna noticia (pues el estilo de Canal 40 está más ligado a presentar los hechos antes que a los reporteros), pude percibir claramente y de manera palpable el impacto que tienen los medios electrónicos. Porque comprobé que es más fácil que alguien te diga “te vi o escuché en la televisión”, que “te leí en el periódico”. Pero, bueno, lo mío son los lectores

El Universal

-- ¿Y cómo llegaste a *El Universal*?

-- Antes de tomar la decisión de dejar Canal 40, he de confesar que intenté regresar a *El Financiero*, pero ya no se pudo, por cuestiones administrativas. Entonces recordé que meses antes también me habían invitado a laborar en *El Universal*, pero en ese momento no consideré oportuno aceptar, aunque sí dejé las puertas abiertas, porque uno nunca sabe lo que pueda pasar después. De tal suerte que ante mi interés por regresar a la prensa escrita verifiqué si todavía estaba en pie la invitación, y sí, todavía seguía la propuesta, por lo que me incorporé a *El Universal* en enero del 2002.

-- ¿Pero qué fue lo que pasó, regresaste a cubrir el sector que un principio dijiste que no te gustaba?

-- Es curioso, no sé a ciencia cierta qué fue lo que pasó, pero lo que sí te puedo decir es que regresé a la prensa escrita gustoso de cubrir el sector justicia, que dicho sea de paso nada tiene que ver con la llamada nota roja. Ahora sí que, sin ánimo de que resulte peyorativo, pero hay niveles. Pero, bueno, esta es una discusión aparte que aquí no tocaré porque tendría que hacer todo un libro y una amiga ya está haciendo una tesis sobre el tema.

El caso es que parte del gusto se debió a que tenía un nuevo objetivo: había dejado inconclusa una serie de entrevistas con los ministros de la Suprema Corte de Justicia y deseaba terminarla para publicar un libro sobre los rostros de los personajes que ahora tienen en sus manos algunas de las decisiones más importantes del país.

¿Y sabes qué? Ya lo logré, por eso mejor te invito a que leas el siguiente texto, pues al mismo tiempo que es la introducción del libro “Los Rostros de la Suprema Corte” —el cual al parecer se va a publicar primero que estas memorias— también narra mi recorrido por el sector que actualmente es mi principal fuente asignada.

Un mundo raro y desconocido

Todos los días cientos de personas pasan frente o a un costado del edificio de la Suprema Corte de Justicia de la Nación (SCJN), dentro de ese incesante ir y venir que inunda la plaza del Zócalo capitalino y su contorno, y la mayoría no lo sabe, como tampoco sabe que en ese inmueble un grupo reducido de 11 personajes denominados ministros resuelve desde hace relativamente poco algunos de los asuntos de mayor relevancia para el país.

Quizá en escala, pero esta es una muestra del desconocimiento que hay en torno del Poder Judicial de la Federación, y en especial de la SCJN, en una época en la que por primera vez en el país comienza a darse una división real de poderes. En gran medida este vacío no es más que el reflejo de décadas, incluso siglos, en las que el trabajo de la Suprema Corte pasó desapercibido para el grueso de la población.

Hasta hace un par de años, he de reconocerlo, también transitaba frente a la Corte sin siquiera tener la mínima idea de lo que había o pasaba tras las puertas de ese edificio. Y quizá así hubiera continuado de no ser porque de pronto en *El Financiero* me arrojaron a ese mundo raro y desconocido. No había opción: tenía que cubrir la información de ese sector que comenzaba a tomar una notoriedad que al parecer nunca había tenido.

Y ni modo, había que sumergirse en ese mundo, comenzar a descubrirlo, a entenderlo y tratar de conocer a esos 11 personajes que algunos se imaginaban erróneamente al estilo inglés portando una peluca larga, blanca y con rizos, y que me eran tan desconocidos como lo eran para el presidente Vicente Fox, quien durante su campaña electoral lo único que sabía de ellos era que se trataba de “unos viejitos”.

Y en esas andaba cuando el primer descubrimiento consistió en saber que estaba ante una nueva Corte integrada por 11 ministros, que había sido renovada gracias a una reforma que impulsó el presidente Ernesto Zedillo, en lo que se conoció literalmente como un “golpe de Estado jurídico”.

Apenas en el quinto día de su gobierno, el 5 de diciembre de 1994, Ernesto Zedillo presentó la iniciativa que tenía lista desde su campaña presidencial para reformar 17 artículos de la Constitución y, en menos de un mes –debido a que los priistas todavía tenían la mayoría del Congreso de la Unión-- logró expedir el certificado de defunción de la Corte que existía hasta ese momento.

De esta forma mandó al retiro a la Corte que desde hace varias décadas dependía del presidente de la República en turno, a la Corte en la que convivían 26 ministros, entre los que se encontraban los que debían su puesto a una larga carrera judicial y los que eran políticos o abogados amigos del

titular del Ejecutivo en turno y que llegaban a refugiarse al máximo tribunal del país.

Aunque no se puede identificar a Ernesto Zedillo como el autor intelectual de la reforma que cambió el futuro del Poder Judicial de la Federación, sí se le atribuye al ex presidente que la Corte sea lo que es hoy:

El tribunal independiente que incluso falló en agosto del 2000 en contra del propio Zedillo en una decisión histórica, al resolver por primera vez un conflicto entre el Ejecutivo y la Cámara de Diputados en torno a la información del Fondo Bancario de Protección al Ahorro (Fobaproa).

Las intervenciones del Ejecutivo que limitaban la independencia del máximo tribunal o las acciones de algunos ministros que se adelantaban a posibles peticiones del presidente de la República para congradarse con él, parece que quedaron atrás.

Los actuales ministros sólo en dos ocasiones han enfrentado acciones que pudieran identificarse como intentos de vulnerar su independencia, que han preferido no hacer públicas.

La primera se registró cuando a través de diversas vías el gobierno de Ernesto Zedillo buscó que los ministros cerraran la investigación del caso Aguas Blancas. La respuesta de los ministros llegó en abril del 96 cuando no sólo determinó que en este caso se habían dado graves violaciones a las garantías individuales sino que responsabilizó de los hechos al entonces gobernador de Guerrero, Rubén Figueroa Alcocer, y a un grupo importante de sus colaboradores. Esta decisión fue una de las primeras en llamar la atención de la opinión pública y una de las muestras más visibles de que la Corte realmente había cambiado. En esa ocasión, el intento por presionar a los ministros se le atribuyó más que al presidente Zedillo al entonces secretario de Gobernación, Emilio Chuayffet.

La segunda ocasión se registró dos años más tarde cuando Ernesto Zedillo acudió de manera personal a entrevistarse con cada uno de los ministros para manifestarles, de manera respetuosa pero totalmente inusual, los argumentos que tenía sobre el controvertido y polémico caso del anatocismo y de los riesgos que él visualizaba como economista para el país en el caso de que el fallo afectara a los bancos. Algunos ministros vieron este hecho como un intento de presión y otros lo tomaron como una actitud respetuosa de un presidente de la República preocupado por defender un caso que creía que podía afectar al país. El caso es que en octubre de 1998, en una votación dividida los ministros de la Corte aprobaron una de sus decisiones más polémicas y que afectó a miles de deudores de la banca pues literalmente legitimaron el cobro de intereses sobre intereses, lo que en su momento se conoció como anatocismo.

Las reformas que impulsó Zedillo en el 94 implicaron modificar la composición de la SCJN, cambiar de 26 a 11 el número de ministros; crear el Consejo de la Judicatura Federal, como el órgano encargado de realizar las labores de administración y vigilancia del Poder Judicial de la Federación; y, de manera primordial, otorgarle a la Corte las atribuciones que ahora le permiten resolver prácticamente todos los problemas más importantes del país. Mediante esta reforma se reestructuraron las controversias constitucionales y se crearon las acciones de inconstitucionalidad. En términos generales, una controversia constitucional es un juicio que permite resolver los conflictos entre la Federación, el Poder Ejecutivo, el Congreso de la Unión, los Estados, el Distrito Federal y los municipios, cuando consideren que otro de ellos ha vulnerado o invadido su competencia.

En otras palabras, muchos de los conflictos entre el presidente de la República, gobernadores, legisladores y alcaldes, que antes se resolvían mediante negociaciones políticas o “en lo oscuro”, ya son resueltos por el máximo tribunal del país a través de juicios de controversias constitucionales. Las acciones de inconstitucionalidad son juicios que pueden promover las minorías legislativas para anular leyes que consideren inconstitucionales y que fueron aprobadas por la mayoría del Congreso de la Unión o por los Congresos locales.

Una vez salvado y recuperado este pedazo de la historia y de tener conocimiento de este proceso de cambio en la Corte, que para mí, como creo que para muchos mexicanos, pasó sin pena ni gloria, en ese histórico 94, en el que por cierto, apenas había ingresado a la Universidad, había que comenzar la tarea de tratar de conocer a los nuevos ministros –que ya no lo eran tanto porque ya llevaban todo un sexenio-- y de intentar que los lectores de *El Financiero* también los conocieran a través de una serie de entrevistas. Eran los primeros meses del 2001.

Pero había un problema, había que vencer décadas de hermetismo. (Labor en la cual, afortunadamente, otros compañeros reporteros ya llevaban un buen trecho picando piedra y abriendo brecha en una de las áreas informativas que es considerada como de las más cerradas en el país). Tenía que ir contra las barreras que había para llegar a esos seres que los jueces en ocasiones ven como ubicados en una especie de Olimpo, bajarlos a la parte terrenal y mostrarle a todo mundo, primero, que existen, y luego que son seres de carne y hueso, tan normales e incluso tan mundanos como cualquier otro, con la única y gran diferencia de que tienen la gran responsabilidad de juzgar.

La intención era tratar de presentar los diversos rostros de un tribunal que en ocasiones es dividido, quizá erróneamente, entre conservadores e innovadores, que tiene representantes de siete estados, que cuenta con un promedio de edad

de 64 años y en el que la mayoría es *puma*, pues son orgullosamente egresados de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

En un principio parecía haber tenido éxito, los ministros aceptaban las entrevistas y poco a poco se iba abriendo el panorama desconocido que había detrás de las puertas de la Corte, las discusiones en privado, los perfiles contrastantes de los ministros que, de pronto, iban desde quien había querido ser filósofo hasta el aficionado al equipo de fútbol de las Chivas rayadas del Guadalajara.

Comenzaron a publicarse las entrevistas de Juventino Castro y Castro, Juan Díaz Romero, Olga Sánchez Cordero, Sergio Aguirre Anguiano, Vicente Aguinaco Alemán. El panorama se mostraba favorable porque entre ellos se encontraban Díaz Romero, considerado como el ministro más reservado, y el ex presidente de la Corte, Aguinaco, quien se había caracterizado por no dar entrevistas durante su gestión como cabeza del Poder Judicial.

Pero después vinieron en cascada las negativas. Los demás no querían ser entrevistados. Al cabo de varios meses de insistir el entonces presidente de la Suprema Corte, Genaro Góngora Pimentel, accedió conceder la entrevista, pero ya para entonces prácticamente daba por sentado que sería la última, que no sería posible entrevistar a los demás.

El mensaje que me envió el ministro Humberto Román Palacios con su secretaria había sido demoledor, derribaba mis pretensiones. “Dígale que regrese en el 2006 y aun así quién sabe”. No había vuelta de hoja, el mensaje era demasiado claro, pues el ministro culminaba su periodo en la Corte precisamente en el 2006.

Además estaba el caso del ministro Mariano Azuela Güitrón quien me había mandado decir que sí aceptaba, pero con la condición de que fuera el último en entrevistar. Definitivamente no había opción, la serie de entrevistas que había iniciado quedaría trunca.

Así estaban las cosas cuando esa parte circunstancial de todo reportero volvió a emerger a fines del 2001. De pronto una invitación, un cambio de ruta, una breve escala en CNI Canal 40 y luego el arribo a *El Universal* al inicio del 2002.

Pero tenía un pendiente: terminar lo que había empezado, buscar las entrevistas que faltaban, los rostros que no tenía y compilarlos en un libro.

Entonces comencé las pláticas, la labor de convencimiento que llevó todo un año para contar con las entrevistas que faltaron y tratar, así, de dibujar con sus propias palabras y con un espacio ya no tan estricto como el de un periódico a los ministros José de Jesús Gudiño Pelayo, Humberto Román Palacios, Guillermo Ortiz Mayagoitia y Juan Silva Meza.

Y sí, ya todo estaba listo para que Mariano Azuela Güitrón fuera el último de los entrevistados, incluso había platicado nuevamente con él antes de que culminara el 2002 y la promesa se había reafirmado para que así se dieran las cosas. Pero el escenario cambió, Mariano Azuela fue electo presidente de la Suprema Corte el 2 de enero de 2003 y adoptó una política de cero entrevistas y un contacto con los medios de comunicación exclusivamente a través de comunicados de prensa que aprobaran en conjunto todos los ministros de la Corte, es decir el Pleno. De tal suerte que la promesa se rompió, cambió de opinión y decidió ser el único en no ser entrevistado.

La verdad es una lástima, respeto su posición, no la comparto, pero aún así Mariano Azuela aparece en esta compilación, aunque para ello haya sido necesario acudir a un recurso literario para hacerle una entrevista imaginaria en la que traté de ajustarme a lo que es muy probable que dijera y que incluso ha dicho.

Dejo pues, los once rostros de la nueva Corte. De una Corte que, como todo, se tiene que renovar y que a partir de diciembre del 2003 registrará dos salidas y el ingreso de dos nuevos ministros que durarán en su cargo 15 años. A partir de entonces, el rostro total de la Corte iniciará un renovado proceso de cambio. Al integrar la nueva Corte los legisladores establecieron que la renovación de los 11 ministros sea de manera escalonada, por lo que a partir de dicha fecha comenzarán a salir dos ministros cada 3 años. De tal suerte que será hasta el 2015 cuando salgan los últimos integrantes de la nueva Corte.

Al final, pues, creo que queda la fotografía completa, la primera postal de quiénes iniciaron esta poderosa Corte, a la que se le tendrá que dar seguimiento paso a paso para plasmar sus cambios y detectar a tiempo cualquier malformación que se pueda dar en el futuro.

MEMORIA ESCRITA DE UN REPORTERO

Carta para evitar el olvido

Carlos:

¿Sabes? Creo que tengo una memoria mala, un poco egoísta, que sólo tiene un defecto: me olvida, tiende a no acordarse de mí mismo.

Y quizá mi memoria sea como todas, pero no conozco otras para poder compararla. Quizá sea normal, tan normal que raye en lo común y yo no lo sé. Si es así, qué bueno que no lo sé. No me gustaría saber que es común, que es como prácticamente todas las demás... Pero hay algo que me dice que no es así, que no es como todas. Y a lo mejor, por principio de cuentas, ya la regué y no debí calificarla como mala. Aunque, eso sí, de que es egoísta y de que me olvida, de eso no tengo duda.

Pero qué le voy a hacer, si dije que mi memoria es mala es porque quizá es el calificativo que le aplicaría la mayoría de la gente en caso de conocerla. Porque mi memoria no funciona dentro del rango que algunos considerarían como normal o por lo menos creo que no registra igual las cosas. En un principio este hecho me llevó a pensar que mi memoria era olvidadiza, pero es algo que no es del todo correcto, porque sí recuerdo. Aunque mis recuerdos se transforman, cambian, mutan. Claro que no siempre es así, hay casos en los que los recuerdos son normales, pero algo pasa cuando se trata de cuestiones como los libros, las películas, las enseñanzas de los maestros, porque entonces rara vez registra nombres, datos, historias, tramas. Algo pasa. Los datos cruzan un filtro, un transformador. No sé. Pero al final lo que queda en mi memoria sobre este tipo de experiencias sólo son sensaciones, conocimientos, pensamientos que de pronto toman forma, que se mezclan, se fusionan y ya no son libros ni registros ni memoria, son algo más que ya forma parte de mí, que ya son parte de mi ser. Y es por eso que también digo que mi memoria es egoísta.

Y quizá porque es egoísta en este mismo momento o un poquito más adelante (quizá en los textos que vas a leer más adelante), no lo sé a ciencia cierta, use palabras, ideas, que leí o aprendí de alguien o en alguna parte, sin darles su respectivo crédito porque ya no me acuerdo, o simplemente porque es un recuerdo digerido del cual me he apropiado.

Total, que esta es la parte de mi memoria que me gusta...

Porque hay otra parte que no sólo no me agrada sino que incluso me espanta, pues tiende a olvidarse de mí o por lo menos eso es lo que intuyo. Y eso no me gusta nada, nada, en especial porque hay cosas que siento que no debo ni quiero olvidar de mí mismo. Y una de esas cosas son mis orígenes, mi familia,

mi entorno, el mundo del que provengo. Y es por eso, y nada más que por eso, que ya es bastante, que aquí te dejo esta especie de postales, estos recuerdos, este espejo de tus raíces... para que te acompañen, para que te ayuden a recordarte.

Buena suerte en el futuro.

Carlos

POSDATA. Por cierto, coloca estas postales donde puedas verlas seguido. Ya vez que la memoria es mala y no vaya a ser que lo primero que olvide sea dónde las dejaste.

POSDATA ACLARATORIA. ¿Sabes? Creo que es bueno dejar un testimonio de cómo surgió esta especie de postales, recordar un poco cómo se dieron las cosas, no para ahora sino para el tiempo por venir, para los años en los que en la memoria comience a conjugarse el olvido, en especial porque es muy probable que la lectura que hagas de ellas más adelante ya no sea la misma que ahora yo hago... y eso es lógico porque tú mismo ya no serás el mismo... Ciertamente, la lectura será distinta, porque tú serás distinto, pero espero que el efecto de la lectura siga siendo muy similar al de ahora y que te remueva tus raíces y que te remueva a ti mismo.

Inicialmente este era un trabajo que tenía como único fin titularme, pero en el camino algo pasó y se transformó en un recuerdo mío. Y qué otra cosa podía ser, si después de varias divagaciones, de recorrer varios caminos por los que me llevó el propio reporte, me di cuenta de que el Informe de Desempeño Profesional es en sí mismo una memoria. Una memoria escrita que le permitirá a mi propia memoria no olvidarme, recuperarme, mantenerme presente, tener a la mano siempre un espejo que contenga una especie de postales en las que se reflejen mis orígenes.

Porque los textos que aquí encontrarás, ahora me doy cuenta, son y fueron en su momento una forma de mantener vivos mis orígenes, de grabar mis orígenes, mi entorno, mi vida. Una vida que no sabía que podía narrarla, plasmarla, hasta que ya llevaba los primeros pasos en la profesión de periodista.

Sólo que la memoria que aquí quedó no está redactada en primera persona, ni eres tú el eje de las historias. ¿Qué pasó? Pues nada más que ésta es la memoria de un reportero de un medio escrito. Y como la única memoria que queda de un reportero de un medio escrito es precisamente lo que escribe, lo

que escribió, lo que quedó plasmado en las páginas del o los periódicos, fue que decidí dejar que la memoria escrita sea la única que hable, la única que me recuerde aquí.

Y es que de mí, de mi trayectoria, en el plano personal, en esta grata y aventurada profesión del periodismo, no hay nada escrito. (Bueno, no había, si leen el primer capítulo, creo que ya hay algo).

POSDATA DE AUTOENTREVISTA. (Para contestar las preguntas lejanas, ahí para subsanar el olvido de los por qué)

--¿Por qué escogí estos textos? Creo más bien que solitos se fueron discriminando los demás, los de la carpeta donde reuní un buen montón de textos de seis años. Solitos se autodescartaron los demás, solitos fueron reduciendo mi memoria a sólo un periodo, a mis inicios como reportero, al tiempo que coincidió con el hecho de que pude manejar mis primeras inquietudes, las de siempre, las de después. Y bueno, qué le vamos a hacer, una memoria siempre es selectiva. Y creo que esta no es la excepción.

--¿Por qué coloqué tal texto en tal capítulo y no en otro o en varios al mismo tiempo? A ciencia cierta no lo sé, más bien no lo pude definir. ¿Dónde se rompe la línea que los hace diferentes? ¿Hay tal línea? Tampoco tengo la respuesta adecuada. Lo que sí sé es que unos más que otros tienen el toque de mi entorno, de mi camino, de mi ayer visto desde el hoy, que ahora también ya es pasado.

Unos son entorno, mi entorno, los retratos de mi familia, postales cercanas unas, otras vistas desde fuera. Son un intento de acercar a los demás ese entorno, ese mundo cotidiano; una manera de emplear una herramienta periodística a la cual pocos tienen acceso; una forma de narrar una problemática por alguien un poco más cercano y parte de esa problemática. Diría un maestro de literatura, quizá una manera de mostrar mis *leit motiv*.

-- ¿Por qué al final quedaron sólo la Lechería, el Metro, los inmigrantes...?

-- Es curioso, pero hasta que ya estaban armados los capítulos, de que quedaron sólo los textos finales me di cuenta de que mis preocupaciones, las de mi entorno, de mi familia, las del periodo que finalmente quedaron, abarcan las necesidades primarias de cualquier persona y que tienen que ver con la alimentación, el transporte, el trabajo, la vivienda, el vestido...

Y al final también me di cuenta, por mi experiencia personal, que la mayoría de los reporteros somos de extracción humilde, y que por lo mismo creo que somos quienes mejor podemos retratar, de la manera más idónea, estos tipos de temas, con el fin de propiciar cambios para bien.

POSDATA PARA LOS DE AFUERA. Si no soy yo el que lee estas líneas, creo que eso basta también para que estas postales hayan valido la pena, hayan adquirido sentido y no sean sólo un mero trámite de titulación. Porque, ¿qué sería de un periodista de un medio escrito sin más lectores que uno mismo?

Porque al final de cuentas aparte de tener la finalidad de subsanar mi memoria del olvido, estas memorias siguen teniendo los mismos objetivos que tuvieron los textos cuando los elaboré para publicarlos en el periódico y que van desde dejar una simple postal para el futuro recuerdo, motivar un cambio en las carencias o problemas narrados, hasta –y esto es lo más importante-- lograr que al final de los textos el lector ya no sea el mismo.

Sé que quizá esto último sea mucho pedir, pero estoy convencido de que la mayoría de los trabajos de los periodistas deben ser como los libros de literatura –no en su contenido, ni en su forma de narrar, sino el resultado final de los mismos-- , para que al terminar de leerlos el lector ya no sea el mismo, que por lo menos algo, aunque sea muy en el fondo, se le haya removido, se le haya sembrado una inquietud, una pulla en la conciencia, o la semillita de la duda o de una respuesta al descubrirse a sí mismo o a su entorno en el texto.

En lo personal considero que ese es uno de los objetivos más importantes a los que debe aspirar un periodista, en especial si tiene en cuenta que nuestra profesión tiene un matiz y una tarea eminentemente social.

Sé que esto último es mucho pedir. Yo no sé si en los textos que aquí quedan lo logré, pero lo intenté y me gustaría que otros lo intenten y lo logren.

POSDATA PARA LA JUSTIFICACIÓN. ¿Sabes? En algunos casos intenté hacer crónicas urbanas y en particular en esos textos traté de evitar los juicios de valor, pero al final terminé emitiendo algunos. Espero que hayan sido los menos y que estos no hayan distorsionado la realidad que busqué plasmar. En verdad lamentaría mucho haber dejado postales con imágenes distorsionadas o que captaron una realidad que sólo yo vi. En especial, porque en lo particular me parece que este es uno de los errores más lamentables en los que suelen caer algunos de los llamados cronistas de renombre al retratar el entorno de la gente pobre, pues en ocasiones creen hacer juicios acertados y con frecuencia suelen equivocarse, con lo que distorsionan la realidad que plasman.

Debo reconocer que la mera narración de lo que vi no me fue posible. Al final, en algunas ocasiones, terminé emitiendo juicios de valor formados a partir de mi experiencia y de mis vivencias, las cuales espero que hayan sido acertadas.

Porque, reitero, pocos pecados tan graves puede cometer un periodista como plasmar hechos que no corresponden a la realidad.

Ciertamente este tema se vuelve un asunto con varias aristas, entre las cuales a veces el periodista puede encontrar una especie de salvo conducto en el hecho

de que la realidad, o eso que así se pretende llamar, es retratada con la muy particular visión y el ángulo que de ella tiene cada reportero. Como alguien diría –lamento no recordar quién—“el periodismo es la representación del tramo de realidad con el que te has encarado”.

Sin embargo, aun así, el uso de juicios de valor no deja de ser siempre arriesgado.

Hasta el momento la única respuesta saludable que he encontrado a la emisión de juicios de valor consiste, como en muchas cosas de la vida, en tratar de no abusar de esta figura y en tratar de eliminarla siempre que se pueda, pues uno nunca está exento de equivocarse y de no tener la visión acertada.

Además de que hay que tener en cuenta que a la hora de emitir juicios de valor los errores más reprobables pueden ser los que se basen en conjeturas que ni siquiera comprobamos o en las que nos faltó preguntar o verificar si estábamos en lo correcto.

Una mirada cerca de la casa;
los lugares obligados

La Lechería

“A partir del lunes sube la leche”.

-- ¡Qué! ¿Otra vez?

-- Ahí está el letrero –contesta la encargada de la lechería, como diciendo “no es mi culpa”, mientras señala con el dedo índice la cartulina que está pegada en el cristal de la entrada.

-- Pues ya que nos queda, agrega medio enojada la señora regordeta de calcetas gruesas y largas, falda abajo de la rodilla, dos suéteres y un rebozo que apenas le deja ver el rostro.

No hay más palabras. Toma dos bolsas del lácteo, paga y ya de retirada se detiene frente al letrero, amplía su gesto de disgusto, da media vuelta y se aleja cargando su bote lechero en el que todavía se puede leer claramente la leyenda tricolor que dice: “Ernesto Zedillo Bienestar para tu familia”.

Hace frío, la luna partida por la mitad se sitúa justo arriba de la lechería, dos perros juegan en una calle solitaria, los gallos citadinos de la colonia ya comienzan sus cantos. Ya se ven cada vez más cerca las siluetas que vienen, bote en mano, al turno de las cinco y media a las seis de la mañana.

Casi todas llevan prisa, pero una de ellas no entra. Se dirige a un costado y deja su bote atrás de los otros 13 recipientes, amarrados entre sí con un lazo, que fueron colocados anoche para apartar un lugar y así poder alcanzar una de las dotaciones del lácteo que lleguen a sobrar por las personas que no vengan este día.

Y es que no cuenta con tarjeta de Liconsa ni tiene dinero para adquirir la leche de marca, que cuesta seis pesos el litro; de tenerlo, seguramente a estas horas estaría durmiendo, protegida del frío.

Tal vez este año hubiera podido ser una más de las beneficiarias, pero el presupuesto de Liconsa siguió a la baja.

De 1997 a 1999 esta dependencia dejó de recibir 547 millones de pesos, que hubiesen servido para dar durante todo un año su dotación a 149 mil 863 mexicanos de escasos recursos.

Así, mientras el padrón de beneficiarios de Liconsa en 1991 registraba una cobertura de seis millones 600 mil niños menores de 12 años, hoy sólo atiende a cuatro millones 800 mil infantes de esa edad.

A estas horas el sonido de los pasos no se pierde entre otros ruidos, se oye claro el andar de las señoras, o el arribo en bicicleta tipo panadero de algunos señores.

Adentro la encargada de la lechería se encarga de repetir a cada consumidor: “A partir de este lunes sube a diez pesos”, mientras que ya de salida una voz

melancólica le pregunta a su acompañante: “¿Se acuerda cuando el litro de leche costaba 80 centavos?”.

Luego casi no se oyen comentarios. Si acaso el “buenos días”, y ya, parece que todos llevan prisa. Entran, “checan” su tarjeta, reciben las bolsas con leche, guardan la tarjeta en la mica azul transparente, quizás compran un rollo de papel higiénico suelto, pagan y se van, se dispersan por toda la colonia.

Sólo afuera, junto al puesto de plátanos y el de gelatinas, dos amas de casa esperan la llegada de la señora que vende pan frío de dulce, del que no se vendió ayer en la panadería y que ahora lo dan más barato.

Cuesta 20 centavos menos, pero si está un poco más duro de lo normal lo rebajan hasta cuarenta centavos. Y si ni así alcanza, la vendedora también trae bolillos.

El infaltable puesto de churros y donas llegó un poco tarde, pero ya a las seis y media se había instalado. Hay que ver el tamaño de los churros, antes medían casi 20 centímetros de largo, pero conforme la crisis ha avanzado se han ido haciendo más pequeños hasta quedar de diez centímetros. Todo con la finalidad de mantener un poco los precios y los costos, para que siga siendo negocio.

Los minutos transcurren y ese entrar y salir de la gente de una lechería que presenta una fachada blanca con pintas de spray ininteligibles (que algunos adolescentes aseguran que están escritas en alfabeto “cholo”) no se detiene, se mantiene constante sin que se forme fila alguna.

No es como hace una década, cuando no daban todavía en bolsa la leche, cuando inevitablemente se hacían largas filas, pues sólo entraban cinco personas a la vez. Colocaban sus botes lecheros en unos cubículos, alguien apretaba un botón rojo e inmediatamente caía en los recipientes la dotación casi exacta de cuatro litros del lácteo.

La única fila que se llega a observar no adquiere forma hasta las 8:30, integrada por quienes esperan, por si sobra leche que les puedan vender. Y es entonces cuando el tema se vuelve inevitable:

-- ¿Ya ves..., que te dije? Sí va a subir la leche.

-- Todo sube, ¿verdad? ¿Y el sueldo qué?

-- Igual.

-- Ya ve las tortillas, a los que compran cuatro kilos ya se les hace más pesado.

-- Vamos a tener que comer con cuchara, nos van a poner a dieta.

-- Y luego el jitomate, que está de 25 a 28 pesos el kilo, y feo. Yo ayer nada más compre dos para la sopa y fueron cuatro pesos.

-- Yo tuve que comprar los reventaditos (aplastados) en la recaudería.

La charla se interrumpe porque todos toman sus botes, cada quien asegura su lugar, lo mismo la viejita de zapatos de tela que el chavo que maneja un bicitaxi o el señor de botas obreras raspadas.

Ya son las nueve, ahora les toca el turno a los de espera.

Una niña se asoma al interior de la lechería y le avisa a su mamá que sólo quedan dos cajas con leche. Todos voltean a verse. Comienzan a pasar. ¿Cuántos van?, 12. “Ya no hay”, dice la encargada de la lechería. Murmullos. Decepción. “No todos los días son iguales”, afirma alguien entre los más de 20 personas que no alcanzaron leche. Mañana estarán allí nuevamente.

* Se publicó el 11 de enero de 1999.

El tianguis

Algunos llegaron temprano para evitar que los vieran sus vecinos y otros para tener la oportunidad de escoger la ropa usada que se encuentra en mejor estado.

Desde las siete y media de la mañana ya estaba en su lugar la camioneta con la ropa, las calles aledañas ya habían sido cerradas al tránsito vehicular y los primeros tianguistas comenzaban a hacer acto de presencia.

En varias casas de la colonia los zaguanes se abrieron para dar paso a los *diablitos* y a los triciclos cargados con la mercancía que ahora llegan con un lento y aparentemente pesado pedaleo.

Justo aquí, en la ciudad de México, en la urbe en la que no hay un solo día sin tianguis y donde este tipo de tradicional comercio prehispánico suma más de un millar de asentamientos.

Los integrantes del negocio familiar comienzan a bajar de la camioneta los bultos con las prendas a ofertar y a vaciarlos justo debajo de donde se encuentran los letreros con los precios que van desde un peso, cinco, diez, 15, hasta llegar a los 30 pesos.

No bien terminan de depositar la mercancía en los montones correspondientes cuando ya los clientes se dan a la tarea de hurgar entre las prendas y comenzar a apartar las que adquirirán.

La mayoría son mujeres, pero lo mismo hay empleadas de alguna oficina gubernamental, el ama de casa que trata de encontrar unas camisas para sus hijos y que asegura que de otra forma, con los gastos que tiene en su casa y los ingresos con los que cuenta, no podría vestirlos.

O bien el joven que trabaja en una empresa privada y que busca entre los trajes usados o los que por algún defecto de fabricación son conocidos como saldos.

Si tiene suerte puede encontrar un saco Hugo Boss original, de dudosa procedencia, en unos 250 pesos. Claro, un poco deteriorado, pero no lo suficiente como para que otra persona no se lo ponga.

Poco a poco, los puestos metálicos, las cajas de madera con las frutas y verduras, los hules en el suelo y las voces de los comerciantes comienzan a darle forma al tianguis.

A las orillas llegan los puestos de las “chácharas”, los fierros viejos, los aparatos electrónicos de segunda mano; el puesto nuevo del señor de más de 50 años de edad que ante la pérdida de su empleo y la casi nula posibilidad de encontrar otro trabajo, invierte su liquidación en zapatos.

También es el sitio para las revistas de historietas atrasadas, que igual se venden o cambian, y donde colocan un letrero que dice: “Apague la televisión

y compre un libro”, justo sobre los comics semanales que llevan por nombre *Mujeres, Colegialas, Bellas, Cariñosas, Perversas*.

Ya a estas alturas los primeros clientes recorren los pasillos; el comerciante que realiza la primera venta se persigna, y dan inicio los regateos y la búsqueda de los mejores precios.

A la distancia, visto desde la azotea de alguna de las casas de los alrededores, las lonas de diferentes colores dominan el panorama.

Aunque es común encontrar varias de color rosa, porque algunos de los comerciantes también acuden algún día de la semana a uno de los llamados mercados sobre ruedas.

Esos que son en esencia lo mismo que un tianguis, sólo que tienen otro nombre y se establecen en rutas que fueron fijadas por la Secretaría de Comercio y Fomento Industrial.

Surgieron a finales de la década de los setenta, con el propósito, se dijo, de ofrecer a la población de menores recursos económicos artículos de consumo a bajo precio.

Hoy día, los 59 mercados sobre ruedas sólo se distinguen de los mil 51 tianguis que existen en el Distrito Federal por que el techo de su puestos es de color rosa mexicano.

A partir de las 12 de la tarde, la afluencia de gente aumenta y uno ya comienza a caminar en filas por los estrechos pasillos, a medios pasos, esquivando, con toda naturalidad y destreza, los colgantes de ropa o los lazos con que se sujetan las lonas.

Rodeando al niño que le pregunta a su mamá si le alcanza para comprar aquellos tenis de bota como los que tiene uno de sus compañeros de la escuela y que recibe una respuesta negativa de su progenitora.

O esquivando a la gente que se detiene a preguntar, mirar o comprar en alguno de los comercios. Justo como ahora en el puesto de casetes o discos compactos piratas.

Ahí donde la niña de escasos tres años de edad y que apenas puede hablar, le jaló el vestido a su mamá en cuanto pusieron el canto del popular dinosaurio morado del programa de televisión, al grito alegre de “¡Barney ma, Barney ma!”.

Y bueno, la mamá no tuvo más que sonreír y acercarse a comprar el casete pirata de cinco pesos, que para quien no cuenta con un aparato de suma fidelidad y no es muy exigente, se puede decir que se escucha en buenas condiciones.

Aquí la mercancía pirata abunda, se encuentra a cada paso. Lo mismo pantalones, camisas, videojuegos, shampoo para el cabello, cremas para la

piel, juguetes, televisión por cable, relojes, radiolocalizadores, zapatos, tenis, casetes, discos compactos y los estrenos del momento en el cine.

Y en raras ocasiones se encuentran vinos o licores piratas, de esas 12 o 14 millones de cajas de bebidas alcohólicas que circulan de forma ilegal, según ha denunciado el presidente de Bacardí Latinoamérica, Isaac Chertorivski.

Por los estrechos pasillos se avanza sorteando las bicicletas de los niños, las carreolas o carritos metálicos de las señoras, al señor que recorre la zona vendiendo escobas, el niño que toma del puesto de juguetes un muñeco con la silueta de Goku y la mamá que lo regaña, la viejita que ofrece ajos, el joven que trae paletas de a peso.

Todo, entre las voces de los comerciantes que se dejan escuchar al son de: “¿Qué va a llevar güerita?” “El que te guste, te lo mostramos sin compromiso”. “¿Qué le damos joven?” “¿Cuántos, oiga?” “¡Bara, bara!”...

- Se publicó el 28 de septiembre de 1998.

El mercado

Con la bolsa para el mandado, un monedero semivacío y uno o más niños, las señoras de las colonias populares salen de su casa entre las 11 y las 14 horas para realizar su diario recorrido por el mercado.

No hay necesidad de llevar una bolsa grande, con la bolsa para cinco kilos que les regaló en Navidad el señor de la carnicería es más que suficiente.

Antes de salir procuran resolver la pregunta de todos los días: ¿qué hago de comer?, pero sino encuentran la respuesta no importa; una vez entre los puestos las opciones se ven condicionadas por el presupuesto para el día.

En México, 77 por ciento de los trabajadores ganan en promedio dos minisalarios (60 pesos al día), que les tiene que ajustar para alimentación, vivienda, educación, vestido, calzado y para el transporte a su empleo.

Los lugares más frecuentados en los mercados son la carnicería, la pollería, la cremería, la verdulería y por su puesto la tortillería.

-- ¿Doña, a cómo el kilo de frijol negro?

-- Me da tres alitas, un huacal y cinco patitas.

-- Que ya te dije que para la próxima te lo compro. Ahorita no me ajusta. Deja de llorar.

-- "...el venao, el venao... que no me digan en la esquina..."

-- Señora, atiéndame que llevo prisa.

La hora de la comida se acerca y para muchas el tiempo se les viene literalmente encima. Las señoras se desplazan por el mercado con prisa acompañadas por dos o tres niños, algunas empujan la carreola en la que llevan al bebé recién nacido.

Los pasillo son estrechos y a veces laberínticos para el desconocido.

A estas horas los puestos menos visitados son los que venden zapatos, juguetes, artículos para fiestas, productos para el hogar, perfumería y cosméticos, telas, donde reparan calzado, realizan duplicados de llaves o reparan relojes.

A la yerbería llega gente a comprar velas de varios colores, té, plantas medicinales, o lo necesario para la brujería.

El Distrito Federal cuenta con 318 mercados públicos con 66 mil locales, mientras que sólo en Nezahualcóyotl hay 54 establecimientos de este tipo. En la ciudad de México se dejaron de construir estos centros de abasto desde los años setenta.

En el mercado los sonidos desaparecen ante la costumbre de escucharlos todos los días. Aquí el llanto de los niños, a los que no se les compra la golosina deseada, se confunde con el ladrido de los perros que se pelean por el pedazo de pellejo que se cayó frente a la carnicería.

Los aromas sólo los encuentras cuando te ubicas frente al puesto de pescado poco demandado, a un costado del molino justo cuando preparan el mole o bien cuando esperas en la fila para comprar las tortillas.

Todas las señoras quieren que se les atienda al momento, pero tienen que esperar su turno, pues la familia que atiende el negocio no se da abasto, y mientras surge la plática.

-- ¿Qué tal doña Ramona? ¿Cómo está?

-- Pues aquí, apurada porque ya van a llegar a comer Salvador y los muchachos, y todavía no tengo la comida y no he terminado de lavar los trastes.

-- ¿Te fijaste?, ¿Ya viste como viene bien arregladita y a sus niños los trae todos mugrosos?

-- Niño, estáte quieto.

-- ¿Qué va a llevar señora?

-- Déme 15 pesos de bistec, pero que no tenga tanto pellejo.

Acostumbradas a hacer rendir al máximo su gasto, procuran ahorrar lo más posible; así, en el puesto de los abarrotes, en lugar de comprar el detergente en bolsa, prefieren adquirir el que venden suelto y es más barato.

Tal vez la diferencia sean 50 centavos, pero con ahorrar dicha cantidad en cinco productos les ajusta para comprar un kilo de tortillas.

El mercado es el sitio en el que se conocen las señoras de la colonia, donde una y otra se quejan de excesivo quehacer que tienen en casa, de lo cara que está la vida, a la vez que se pasan el *tip* de quién da más barato o quién va a dar tal o cual obsequio en determinada fecha.

Aun cuando no se hablen, por lo menos se conocen de vista. Entre las que ya se conocen saben cuánto recibe cada una de gasto a la semana: a fulanita le dan 300 pesos, sutanita tiene más suerte y recibe 500 pesos, y perenganita casi no viene porque se la tiene que pasar con cien pesos y pues lo único que hace es comprar sopa y varios kilos de tortillas para que le rinda.

De acuerdo con la Encuesta Urbana de Alimentación y Nutrición de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, 96 por ciento de la población de nivel socioeconómico bajo consume tortillas diariamente, además de que casi la mitad de dicho sector poblacional come todos los días frijoles.

A los mercados sólo acuden mujeres y niños que llevan consigo la lista del mandado y que avanzan por los pasillos montados en sus bicicletas.

O los señores que por algún motivo tuvieron que trabajar en la zona y pasan a comprar algo para comer, como tres albañiles que hacen un alto en la jornada para buscar el alimento del día: seis pesos de queso, cinco de jamón, una latita de chiles en rajas y un kilo de tortillas. No deben de gastar más de lo que van a ganar en el día.

* Se publicó el 18 de mayo de 1998

La escuela

Desde hace casi un mes, los niños se prepararon para este momento, y ahora, algunos simplemente no pueden contener la emoción; otros se muestran nerviosos, pero contentos. Cada uno está en su posición, a la espera de la indicación del maestro para dar inicio.

Alrededor del patio de la escuela, los padres de los niños que concluyen el sexto año de primaria, esperan ansiosos la presentación del vals. Lucen orgullosos con el diploma de sus hijos entre las manos.

Por medio de una manta, los maestros de la escuela les desean “buena suerte a la generación 92-98”. Y quizá la necesiten.

Estadísticas recopiladas por la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES), revelan que de cada mil niños que ingresaron a la educación primaria en el ciclo lectivo 1981-1982, sólo 65 llegaron al primer año de licenciatura en 1994.

Y como la eficiencia terminal promedio de los institutos de educación superior en el país es de casi 53 por ciento, de mil niños que iniciaron la primaria, aproximadamente 30 lograron concluir una carrera profesional.

Los niños lucen camisa azul cielo, pantalón negro y corbata del mismo color, la misma que en la mañana les anudó su papá, o la que simplemente necesitó de engancharse al cuello de la camisa.

Algunas de las niñas lucen el vestido blanco hecho por sus mamás. Fulanita lleva el que le compró su progenitora con lo que le dieron de su tanda; y sutanita se levantó a las cinco de la mañana para que la pudieran peinar y ahora pueda lucir sus caireles.

Desde que uno llega a la escuela Sor Juana Inés de la Cruz, en ambiente es de fiesta. En la entrada se vende confeti suelto y en cascarones de huevo. Las familias llegan con el clásico ramo de flores artificiales de forma triangular para el festejado, y la cámara fotográfica con el rollo recién comprado en la farmacia de la esquina.

Tal vez este festejo se repita en todo el país, pues las más de 90 mil escuelas primarias —de las cuales alrededor de 5 por ciento son particulares— concluyeron el ciclo escolar 1997-1998.

Durante este periodo asistieron a los diversos grados escolares aproximadamente 28 millones de mexicanos; 90 por ciento de ellos acuden a instituciones públicas.

Cada año, en el mes de febrero miles de padres de familia arriban a las escuelas de preescolar y primaria para inscribir a sus hijos en la educación básica, con la esperanza de que los menores, años más tarde obtengan la profesión y el empleo que ellos no tuvieron.

Generación tras generación, los padres de familia de nuestro país han hecho suyas frases como “la mejor herencia que se les puede dejar a los hijos es la educación, para que sean alguien en la vida”.

Pero hasta la fecha, el grupo de personas que han recibido esta herencia se puede considerar como “privilegiado”. Cifras del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), señalan que en el país sólo 2 por ciento de sus habitantes tienen una formación profesional.

Los primeros en abrir el programa de la ceremonia son los niños que forman la escolta. Es la última vez que recorren el patio de la primaria portando la bandera de México al tiempo en que sus compañeros los acompañan a la voz de “es mi bandera mi enseña nacional...”

La bandera queda bajo la custodia de la escolta de alumnos que concluyeron el quinto grado. Los niños que egresan, tan pronto entregan el lábaro patrio y quedan fuera del patio central, corren a cambiarse y prepararse para su vals.

Por lo pronto, a los niños de los grados menores les tocó festejar a sus compañeros, como en alguna ocasión los que ahora egresan lo hicieron con otros, lo mismo con el bailable del Ratón Vaquero que con el Jarabe Tapatío. Ciertamente, si les falta coordinación no importa, de todas maneras los asistentes aplauden con la misma intensidad.

Después de los bailables, los infantes de la generación 92-98 pasan a la mesa donde está la directora de la escuela, a fin de recoger el diploma en el que se les felicita por haber acreditado la educación primaria.

De sus manos, el documento pasa directamente a las de sus padres, en quienes se nota el orgullo que sienten por sus hijos. Y cómo no sentirlo, si en el país 18 millones de adultos no cursaron la educación primaria o no la concluyeron. Ahora la típica melodía de *Balada para Elisa* se hace presente. El vals inicia. A esta edad prácticamente todas las niñas son más altas que los niños; casi no hay parejas donde ambos sean de la misma estatura. Todos los espectadores fijan la vista sólo en una parte del acto, miran a su hijo, su hermano o su ahijado.

El vals tiene que repetirse, tal como había sido anunciado, para que ahora los familiares puedan acercarse con sus cámaras fotográficas. Y luego *Las golondrinas* se hacen escuchar. Es tiempo para retratarse con papá y mamá, por supuesto mostrando el diploma y el ramo floral obtenidos.

Las camisas de los niños comienzan a llenarse de dedicatorias de sus demás compañeros. Es la camisa del recuerdo. Lalo llega con su amigo y le escribe en su camisa “que te balla vien” (sic), y como hay que corresponder al acto Erick toma la pluma y le escribe a Lalo, “no me olvides” (sic).

* Se publicó el 11 de julio de 1998

La clínica

La mayoría de quienes se encuentran en la sala de espera son mujeres; pareciera que ellas son las únicas que se enferman, que los hombres en edad de trabajar sólo llegan a las clínicas del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) a pedir consulta cuando se lastiman un pie o un mano en su horario de labor.

Pero no es así: la mayoría de ellas lleva al hijo enfermo, al bebé que no deja de llorar o al padre o la madre de edad avanzada que no resistió el frío de invierno, y sólo una que otra acude a consulta.

Y ahí están, en la espera continua donde abundan los estornudos, las toses ahogadas y las caras demacradas; como la de la señora de la esquina que aguarda frente al consultorio 12 desde hace tres horas, porque llegó a las 6 de la mañana.

¿Cuántos años tendrá? Cuarenta, poco más; no se puede uno fiar en estos momentos porque su rostro se nota distorsionado, como que le falta la fuerza necesaria para que los músculos de su cara no se vean tan caídos.

Cruza los brazos, se dobla sobre sus piernas y así se queda, meciéndose con aparente impaciencia, sin quejarse.

--Trata de dormir un rato, el médico ya no debe tardar -- le dice su hija, pero lo mismo le dijo hace una hora y el galeno no llega.

Y ahora ni la secretaria está. --Yo nada más los anoté en la lista, ahí luego los peso porque ya me voy a desayunar con Tere --le dijo a su compañera de escritorio, tras de que ésta le aseguró que todavía le faltaba medir y pesar a varios pacientes.

Entonces a la hija ya no le quedó más remedio que buscar informes en el escritorio vecino: “disculpe señorita, ¿sabe si va a venir el doctor?”, mientras su madre se endereza un poco, sólo un poco, se lleva las manos hacia la sien y luego se vuelve a doblar sobre sus piernas.

Y todo para obtener por respuesta un “ya no debe tardar”. Vuelve al lado de su madre y ya ahí se acerca otra mujer, que también se encuentra a la espera del mismo médico, y le recomienda que mejor la lleve a urgencias “para que la atiendan más rápido”.

Mala suerte: en urgencias no hay ni a quién pedirle información porque la secretaria no está en su lugar y además hay otras siete personas en espera de que las atiendan.

Por ratos se reanuda en la sala de espera de la clínica el *tlactlactlac* de las máquinas de escribir mecánicas; la gente parece turnarse al sacar su rollo de papel higiénico para limpiarse la nariz y casi nadie le presta atención a los dos

señores que llegaron a informar sobre el trabajo que realiza el grupo de Alcohólicos Anónimos.

El llanto de los múltiples bebés que se encuentran en el pasillo tampoco cesa, algunos porque acaban de conocer lo que son las vacunas –y no precisamente de gotitas-- ; los demás, por algo que parece más que una simple gripa.

En el último caso se encuentra el bebé de la muchacha que está frente al consultorio 5 y que tan sólo interrumpe su largo llanto mediante una especie de rápidos suspiros, sólo para reanudarlos de nuevo.

Por lo menos, él tuvo un poco más de suerte, pues apenas tiene unos minutos que llegó y tan pronto lo detectó la secretaria se acercó termómetro en mano para tomarle la temperatura.

-- A ver, amor. Súbele tantito la chambrita para tomarle la temperatura. ¿Desde cuando está así?

-- Desde anoche ya no pudo dormir bien.

-- Vamos a ver –revisa el termómetro y luego agrega: --permíteme tantito, deja le aviso al doctor.

Entra al consultorio y no tarda en regresar.

-- Ya nada más que salga el paciente que está con el doctor entras – le dice.

Hay que ver la diferencia en este consultorio. El médico llegó puntual, por eso los pacientes que también llegaron a las seis de la mañana hace rato que se fueron.

Pero las escenas de este pequeño lugar no se repiten con frecuencia frente a las demás puertas numeradas y con los nombres del médico del turno matutino y vespertino.

A sólo dos escritorios de distancia, más de 20 sillas azules ocupadas, un hombre en silla de ruedas y un pizarrón con la descripción de varios métodos anticonceptivos, una de las secretarías llama a un paciente para preguntarle si es la primera vez que acude al IMSS y, ante la respuesta afirmativa, comienza la recriminación:

-- Ay señor, me hubiera avisado desde que llegó y así no perdía el tiempo buscando su expediente. Le voy a dar su vale para que lo recoja en la misma ventanilla donde se dio de alta al Seguro.

Así que al paciente en cuestión no le queda más remedio que perder su turno para ir por el expediente. De nada le valió llegar con dos horas de anticipación para ser de los primeros en pasar con la doctora.

Y luego, a cinco tejidos de ganchillo de distancia, una novela de historietas y uno de los *best-seller* de Carlos Cuauhtémoc Sánchez en manos de una adolescente, se acerca con otra de las secretarías un hombre que se nota pálido y despeinado, para preguntarle si puede pasar a consulta al tiempo que muestra su carnet.

-- ¿Es accidente de trabajo? –cuestiona la secretaria.
-- No.
-- Lo siento pero va tener que regresar más tarde.
-- Pero, ¿por qué?
-- A usted le toca en el turno vespertino.
-- Pero yo trabajo en la tarde y no puedo faltar. ¿Por qué no me pueden atender ahorita, si me toca en este consultorio?
-- Si le toca aquí, pero ya le dije que le corresponde en turno vespertino.
-- Y ¿cómo le hago para cambiar el horario?
-- ¡Huyyy, no!, eso es mucho relajo, mucho trámite. Todo lo hacen por computadora y se tarda mucho, tendrían que volverle a hacer su credencial. Eso lo hubiera visto cuando le dieron su carnet, ahí bien claro les preguntan qué turno quieren.
-- ¿Con quién puedo hablar para que me atiendan ahorita?
-- Si quiere puede pasar al consultorio de la esquina para ver si le autorizan su consulta. Ahí el doctor le dirá con quién tiene que pasar, pero de todas formas le va a tocar hasta el último. Mejor vaya a urgencias, ahí yo creo que sí lo pueden atender.
El hombre se dirige a urgencias, dos niños corren por el pasillo, una viejita avanza apoyada en un palo de escoba, una secretaria teje y un abuelito carga una bolsa con más de diez cajas de medicina, no todas otorgadas por el IMSS, porque con frecuencia se le agotan y tiene que adquirirlas por su cuenta, o mediante un vale del Seguro que sólo algunas veces atienden en las farmacias. Y esto es todos los días.

- Se publicó el 10 de enero de 1999

El recorrido básico

Pantitlán, laberinto de 40 mil metros

4:10

El ruido motor del primer camión que sale rumbo al Metro se escucha claramente tres calles a los costados de la avenida Chimalhuacán, por donde avanza.

Y es aquí, en plena ciudad Nezahualcóyotl y alrededores, donde realmente inicia la jornada más importante de la estación del subterráneo que recibe la mayor afluencia de pasajeros en el mundo: Pantitlán.

Ya en las calles los faroles iluminan una que otra silueta que se dirige presurosa a la avenida más cercana que, en un alto grado de probabilidad, la llevará hacia el Metro: no por nada las principales rutas que corren en Neza desembocan en dicho lugar.

4:53

A la primera luz que se prendió pronto comienzan a sumarse las demás. Los minutos pasan. El sonido de los motores que en un principio se escuchaba tan claro en el silencio de las calles, se diluye hasta confundirse con cada uno de los tonos que indican el despertar de la ciudad.

En esta y la otra y la otra calle, las puertas inician su diaria actividad. Las señoras salen con sus botes de plástico con capacidad para cuatro litros. Caminan rumbo a la lechería al son de “Buenos días doña Tere”, “¡Qué frío, verdad!, a ver si no se nos hizo tarde”.

5:25

Las combis y los microbuses del transporte público poco a poco comienzan a ser mayoría. Los gritos de los cobradores de los micros ya se escuchan. Al clásico “¡Pantitlán paradero, Pantitlán!”, se suma el “¡Súbale súbale! ¡Hay lugares, hay lugares! ¡Pásele pásele! ¿Si se recorre por favor? Atrás todavía hay espacio”.

Los automóviles particulares todavía son escasos.

6:01

Todos los caminos parecen llevar hacia el Distrito Federal.

Y qué mejor y mayor entrada hacia esta urbe que la estación que tomó su nombre de la colonia donde se encuentra ubicada: Pantitlán, una palabra de origen azteca que quiere decir “Entre banderas”.

Pantitlán comenzó a operar con la línea cinco el 19 de diciembre de 1981, con dirección hacia Politécnico; tres años después la línea uno que sólo llegaba hasta Zaragoza se unió al conjunto; en 1987 entró en funciones la línea nueve,

que corre hacia Tacubaya; y en 1991 se instaló en la zona la línea A, con destino a La Paz, en el Estado de México.

En tiempos de los aztecas, los 40 mil metros cuadrados que ocupa el conjunto Pantitlán formaba parte del Lago de Texcoco. El lugar también era conocido como Chalchihuh-Coliuhyan, que significa: “donde la esmeralda se tuerce”, porque se formaban remolinos.

Se dice que en la zona la fuerza del remolino era tal, que sumergía las canoas, por lo que sus antiguos habitantes decidieron cercar el lugar colocando banderas de aviso para los navegantes; de ahí que dos banderas sean el símbolo de la estación del Metro.

En Pantitlán la fuerza del remolino sólo ha cambiado de forma, ahora se tornó un andar rápido de hileras de gente, jugos de naranja, siluetas sin rostro, ruido de motor, humo de camiones, microbuses, tamales, combis y vagones anaranjados en constante movimiento, que en la cotidianidad del momento ya nadie parece percibir.

6:03

Dicen las matemáticas que en la estación del Metro Pantitlán cada minuto trae consigo un afluente promedio de 900 personas que van o vienen. Un remolino que no se detiene durante 19 horas, de acuerdo con información oficial.

Pero este cálculo que sólo nos da una idea de lo que ocurre diariamente en la estación por la que pasa casi 10 por ciento de los pasajeros del Sistema de Transporte Colectivo Metro; porque justo cuando todavía no clarea el día los segundos parecen agolparse en las decenas de automotores que no dejan de arropar gente.

Aunque ninguno lo hace en tal cantidad como los chimecos amarillos que vienen de Chimalhuacán o desde Chalco. Esos autobuses que vienen repletos de viajes en lo individual, de uno que otro matrimonio que se dirige al trabajo, de la adolescente que va a la prepa, del “apúrate que ya se nos hizo tarde, a ver si no nos regresan”.

Los mismos autobuses que en un principio, en compañía de los Troncales azules, eran los únicos que entraban al paradero y recorrían esta parte de la zona metropolitana.

Hasta que a finales de los ochenta comenzaron a llegar los micros y las combis. Entonces los arrojaron a las orillas. A las orillas de Neza, ahí por el Bordo de Xochiaca, Chimalhuacán y hasta Chalco y anexas.

Con ellos también circulaban otros camiones de color azul cielo, que por su parte frontal y la cesta que llevaban en el toldo, eran conocidos como “delfines”; esos desaparecieron por completo.

Eran de los que solían dar boletos, de esos en los que jóvenes y no tan jóvenes buscaban luego luego el número de folio para sumar cada uno de los dígitos, para ver si tenían suerte y el total daba 21, porque de ser así podrían cambiarlo por un beso.

6:34

Tan pronto como la gente deja las combis, camiones o micros, adentro o afuera de un paradero que se vuelve pequeño para alojar a tantas unidades, éstos se regresan vacíos para volver a repetir su recorrido.

Los pocos que salen del paradero completamente llenos son aquellos micros que la noche anterior tuvieron que quedarse, y que son los mismos que ya se adentran en el DF hacia lugares como la Central de Abasto, el Hotel de México, Chapultepec, Normal o la colonia Guerrero.

6:40

La gente fluye, camina rápido, casi corre.

Pocos se detienen en la taquilla. La mayoría ya lleva listo el boleto de 1.50, el pasaje para abordar cualquier vagón anaranjado. El que sea, pero que sea lo más pronto posible.

Lo mismo se avanza por los puentes que llevan a la línea café (9), que se sumerge bajo el paradero, en los túneles que van hacia la de color amarillo (5) o la rosa (1), o se llega en el Metro férreo (A) para inevitablemente colocar en el torniquete otro boleto para realizar el transbordo.

Casi no se oyen voces ni pláticas, sino simplemente pasos; la mayoría viaja solo.

Y ya no se ven ni caras ni ropas ni géneros, hasta que el cauce es dividido: mujeres y niños por el laberinto barandal de la derecha, hombres al de la izquierda.

Tras de lo cual el fluir sigue y sigue, hasta que se oye un silbatazo, a la par de un ¡chin, ya valió!, porque entonces los policías que están en la entrada cortan el cauce, cierran el acceso.

Un nuevo silbatazo y los barandales se abren. La gente se divide. Hace fila en los torniquetes y no para de alimentar esa máquina que devora boleto tras boleto. Hasta que alguna se atraganta y no queda más remedio que hacer peripecias para sortear el paso mientras se le da el boleto al policía, quien no deja de romperlos para que vean que no se los queda.

Y ya sólo restan unos cuantos pasos para estar en los andenes. Para llegar justo cuando el Metro lanza su clásico sonido que anuncia el cierre de puertas. Cuando ya no queda más que ver cómo los últimos en subir prácticamente son comprimidos, al sellarse las entradas.

Entonces se busca cerca del techo la flecha que indica, con su luz amarilla, de qué lado del andén saldrá el próximo tren, para comenzar a ganar terreno que garantice obtener un lugar, para mantenerse apenas atrás de la línea amarilla de prevención. Ahí por donde uno calcula que va a quedar una de las puertas. El metro se acerca.

9:48

Y Pantitlán ya no vuelve a ser la misma en el resto del día. Podrá tener otro periodo de “horas pico” de las cinco de la tarde a las nueve de la noche, pero ya nada se compara con las primeras horas de su andar.

*Se publicó el 15 de noviembre de 1998.

El Metro, a 65 personas por segundo

7:30

El metro se acerca.

-- Avance, no se detenga. Siga avanzando.

-- Mujeres a la izquierda, hombres a la derecha.

Los espacios se reducen. La máquina cruza por el andén y en un respiro abre sus puertas para dar inicio al precipitado desfile de zapatos.

En un brusco entrar y salir chocan unos contra otros en completa indiferencia.

Las botas obreras contra los zapatos de vestir y las zapatillas de tacón alto contra los mocasines blancos.

Las puertas se cierran y automáticamente los espacios se anulan.

7:31

Dentro del vagón lo que predominan son los pantalones de vestir, las medias y los viajes sin compañía.

El tren se introduce con lentitud en el túnel, contrario al reloj que avanza de forma implacable, acercando cada vez más la hora de checar la tarjeta del trabajo o de decir presente en el salón de clases.

Segundo a segundo el Metro transporta, en promedio, 65 personas.

Las múltiples miradas se rehuyen absortas en su diario ajeteo y sin querer se posan en el anuncio de la escuela técnica, de la crema para la piel o de la telenovela en turno.

La clásica señorita que da los últimos toques a su arreglo personal antes de llegar a su trabajo no puede faltar. Todo es cuestión de un poquito de maquillaje, lápiz labial, delinear los ojos, enchinar las pestañas con una pequeña cuchara y listo.

7:34

El pitido de la máquina no sólo anuncia su arribo a la estación, sino la repetición del acto.

Un acto que se reproduce miles de veces en las 154 estaciones del Metro, pues los 217 trenes que circulan diariamente realizan más de tres mil vueltas.

Los anuncios de los pasillos son tapados por la multitud, al tiempo en que los empujones y el choque cuerpo a cuerpo se vuelven movimientos mecanizados.

Resultado, quizás, de la inercia provocada por el diario entrar y salir que viven las bolsas de mano, las mochilas, los escasos portafolios, las múltiples bolsas de hule que contienen la comida del día y hasta las radiograbadoras portátiles con audífonos.

7:40

Las estaciones inician su acostumbrado desfile.

Lo mismo en el tren más transitado, que en casi una hora recorre las 24 estaciones que suman 22 kilómetros en la línea dos (Tasqueña-Cuatro Caminos), que el Metro que es menos concurrido y hace 10 paradas en la línea cuatro (Martín Carrera-Santa Anita), en menos de media hora.

En cada parada se renuevan los parloteos que ya nadie escucha y los nuevos rostros que nadie mira.

El joven estudiante lee apresurado las copias del libro que le dejaron de tarea, mientras el trabajador que se dirige a la fábrica termina la “novela” semanal de historietas.

Y las personas que dormitan despiertan justo a tiempo para dejar el vagón en la estación destino, la necesidad los ha hecho aprender a programar su tiempo de sueño con respecto al de su recorrido.

Ya habrá tiempo de completar el sueño en el microbús, no por nada 87 por ciento de los usuarios del Metro sólo lo utiliza como una forma de enlace con otro tipo de transporte.

El Metro sigue dando vueltas.

13:48

Los estudiantes inician el retorno a casa.

La hora de la comida se acerca y por lo menos hay que comprar una panpizza personal en uno de los establecimientos que cobran auge en los túneles. (En el Metro existen cerca de 800 locales que lo mismo venden abarrotes, productos vegetarianos o cosméticos).

Los vendedores ambulantes llegan puntuales a la cita. Desconocen las estadísticas sobre la afluencia de pasajeros, pero eso no importa, la experiencia es mejor consejera, pues se ubican principalmente en las cuatro líneas más concurridas: 2, 1, 3 y 9.

No hay cifras oficiales, pero se estima que en el interior del Metro trabajan aproximadamente 200 vendedores ambulantes. Cada uno ocupa su espacio establecido o recorre su ruta ya determinada ofreciendo dulces, chocolates, cacahuates y alegrías de a peso.

O bien, cualquier producto que sea atractivo para gente y que no rebase los diez pesos.

Los niños indígenas de los acordeones rojos no pueden faltar. Caminan con monotonía al ritmo de una música que intenta ser gruperá. Cada uno en un vagón, en su respectiva línea del Metro, lanza miradas que piden una moneda, pues no hablan español.

Primero es ese jalón en la ropa para llamar la atención de uno, luego ese mirar a los ojos y asentir con la cabeza como una forma de preguntar si les va a ser otorgado el dinero.

20:09

La ciudad devuelve a la gente que había engullido durante el día. Comienzan a llegar al Metro, a subir y bajar escaleras cual si fueran copias.

Están a punto de cubrir con su cuota diaria de casi dos horas y 34 kilómetros recorridos.

El Metro se transforma en una máquina que absorbe y arroja personas al mismo tiempo.

La velocidad de tránsito disminuye.

Ahora la cuestión sólo es llegar a descansar a la casa y, tal vez, apurarse un poco para alcanzar a ver los programas de televisión.

24:03

El Metro realizaba su último viaje del día.

Atrás quedaba la gente que corría por los túneles con la esperanza de alcanzarlo, luego de realizar el transbordo de una línea a otra.

Habían transcurrido tres minutos después de la media noche y si acaso viajábamos nueve personas en el vagón. Leía absorto un periódico cuando una especie de sombra se agachó frente a mí para intentar limpiar mis zapatos con un pedazo de trapo.

La reacción fue casi instintiva. Mis pies se escondieron bajo el asiento. El niño, porque era un niño, intentó nuevamente lustrar mi calzado. Mis pies se escondieron aún más.

Cerca de 12 años quedaban a gatas.

Silencio, desconcierto, segundos.

Sin levantar la cara, el niño extendió su mano hacia mí.

No, fue lo único que atiné decir.

Se levantó, caminó unos cuantos pasos y repitió su acción. El nuevo par de zapatos también huyó de la franela que se estiraba hacia ellos. Faltaban siete pares y varios vagones.

No era la primera vez que un niño intentaba limpiar mi calzado, en el Metro es cosa cotidiana pero antes la sensación había sido distinta. Por decirlo así, me sentía menos mal que en este momento.

Tal vez porque la edad de los anteriores niños limpiapapatos no rebasaba los siete años y por lo mismo no habían dejado a mis pies tantos años de humillación. Tal vez.

24:26

Termina la jornada.

Más de 20 niños de tres a siete años de edad, acompañados de tres señoras y un señor, abandonan los vagones, casi al mismo tiempo que un grupo de siete menores con acordeones.

Todos salen a la superficie. Los chicos de los acordeones toman su propio camino. La veintena de niños avanza en grupo, a sus espaldas los tres adultos no los descuidan, hasta que se pierden en la oscuridad y soledad de los múltiples pasillos del paradero de la estación Pantitlán.

Mañana habrá que repetir la historia.

* Se publicó el 2 de mayo de 1998.

Un salto al otro lado

La historia familiar se traslada al otro lado

La historia familiar nuevamente se repetía: igual que su papá emigró debido a la pobreza, del campo a la ciudad de México en busca de una mejor vida, María Elena, a los 23 años de edad, tuvo que dejar el país para ingresar de manera ilegal a Estados Unidos; en pos del mismo objetivo que un día persiguió su padre.

Sin duda, toda una generación había servido para mejorar económicamente. Su papá había logrado transitar en la ciudad de la pobreza extrema en que se encontraba en el campo a algún nivel indefinido apenas arriba de ese otro estrato que los analistas gubernamentales llaman, a secas, pobreza.

Pero esas crisis sexenales se llevaron todo al traste, se perdió la casa, se acabó el carro.

María Elena ni siquiera terminó el bachillerato, pero quería mejorar las condiciones de su vida, volver a tener una casa propia, por eso comenzó a trabajar.

Al cabo de unos años se dio cuenta de que con lo que ganaba en México no podría lograr lo que deseaba, y decidió irse "al norte" para ganar en dólares.

No conocía más allá de ciudad Nezahualcóyotl, parte de la ciudad de México y el pueblo de su papá cuando en 1990 ya se había agregado a la lista de indocumentados mexicanos en la Unión Americana.

A esa lista del sueño americano que no cesa, que no para; que por el contrario, se mueve al compás de las crisis económicas de México, porque cada que el peso se devalúa los dólares tientan a los bolsillos de los mexicanos: y la tentación es tan grande como la pobreza.

Tan sólo en el periodo comprendido de 1990 a 1996, el equivalente de los mexicanos que habitan en los estados de Colima, Baja California Sur y Campeche emigró del país hacia Estados Unidos; casi la mitad lo hizo de manera ilegal.

Un reporte del Instituto Nacional de Migración de la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE) muestra que en tan sólo seis años, un millón 900 mil personas que nacieron en México se fueron a vivir a Estados Unidos.

Se fueron a sumar a sus demás connacionales, con lo que la cantidad de personas que nacieron en México y que radican en Estados Unidos se calcula entre siete y 7.3 millones, número que equivale a los habitantes de todo el Distrito Federal.

De dicho total, el Instituto Nacional de Migración supone que de 4.7 a 4.9 millones son residentes autorizados y de 2.3 a 2.4 millones son migrantes indocumentados. La mayoría de los cuales (85 por ciento) se concentra en los

estados de California, Texas e Illinois, teniendo como el destino urbano más importante a la ciudad de Los Angeles.

Los Angeles, justo la ciudad a donde se dirigió María Elena, y no por casualidad sino porque ahí ya se encontraban algunos primos y conocidos que se le adelantaron en el viaje, también de manera ilegal.

Lo que son las cosas, María Elena se fue prácticamente sin conocer su país, por lo que a sus 23 años el primer mar, la primera playa con los que tenía contacto directo (y de los que mandaba fotos en sus primeras cartas) fueron de Los Angeles, California.

Durante sus primeros cuatro años en Estados Unidos, María Elena se encargó de apoyar a su familia con el gasto de la renta de la casa en la que vivían en México.

Después cuando se casó con Giovanni --también indocumentado pero de origen salvadoreño-- los gastos se incrementaron y ya no fue posible continuar con su ayuda económica.

En México, para sus papás eso fue lo de menos. Lo que a ellos les interesa "es nada más poder verla".

De acuerdo con el estudio de la Secretaría de Relaciones Exteriores, uno de los principales detonadores para que cada día emigren más mexicanos son las constantes crisis económicas sexenales y la devaluación del peso.

El reporte puntualiza que "el impacto directo de mayor relevancia de la migración es el dinero que los migrantes en Estados Unidos envían a sus hogares en México".

Tan sólo en 1995 mandaron entre dos mil 500 y tres mil 900 millones de dólares, cantidad que es similar a más de la mitad de las divisas disponibles que se obtuvieron, en el mismo año, mediante la inversión extranjera directa en México.

Pero el costo es alto y algunos pagan su intento con la vida, como ocurrió con más de 300 mexicanos que sólo en 1998 buscaron cruzar ilegalmente la frontera con Estados Unidos por zonas montañosas y desérticas, ante el aumento de la vigilancia de la Patrulla Fronteriza.

Tan sólo la cónsul de México en Calexico, California, Rita Vargas Torregosa, ha asegurado que en los condados de Yuma y el Valle de Imperial de esta Entidad, murieron el año pasado 96 indocumentados en su intento por entrar a trabajar al lado estadounidense.

María Elena, en los primeros años de su estancia, cada que se acercaba diciembre se hacía el propósito de venir a visitar a su familia, pero como la Migra cada día estaba más difícil, no le quedó más que conformarse con mandar cartas o hablar por teléfono.

Y luego... luego nació Melisa y más tarde Isabel, y ya con dos hijas atreverse a cruzar nuevamente la frontera se volvió francamente una ilusión. Pero conforme han ido creciendo sus dos niñas la idea de regresar a México volvió a surgir porque le inquieta que sus hijas se eduquen en Estados Unidos, tanto por la moral (ver cartas que se anexan) que impera allá, como porque en las escuelas la educación dejó de ser bilingüe. Por lo pronto ya le encargó a sus familiares que le envíen algunos libros de preescolar para que ella les enseñe a sus hijas a leer y escribir en español.

LA NUEVA VIDA EN DOS CARTAS

(Se respetaron la ortografía y la redacción originales)

18 de Enero 1991
Los Angeles California

¡Hola Papis!

Espero que al recibir esta carta se encuentren bien de salud que yo estoy bien gracias a Dios. Bueno después de este saludo les digo lo siguiente. ya empecé a trabajar. estoy cuidando 2 niñas una de 2 años y medio y otra de 9 meses, solo son 4 días a la semana de lunes a jueves de 7:30 a 5:00 pm y estoy a gusto porque mis patrones se van a trabajar todo el día y yo me quedo sola con las niñas, mis patrones son salvadoreños es poco lo que me pagan pero por otra parte me va a quedar tiempo para ir a la escuela por las tardes porque el inglés que enseñan en la secundaria no es igual al de aquí en la pronunciación.

Por otra parte ahorita es más difícil el trabajar aquí por que hay mucho desempleo, según que por la guerra. le digo a la flaca que es una guerra tan babosa porque E.U no tiene porque meterse en los problemas de otros países y ayer vimos las noticias de ya Iraq había atacado a Israel me dio mucha tristeza de pensar en que muchos van a morir por culpa de los 2 presidentes y yo digo si tantas ganas tienen que se maten Bush y Sadam Jusei y no expongan a la demás gente por Petróleo. Bueno ahora espero que México no se meta también.

Pasando a otras cosas, ¿Porqué? les subió María la renta si cree que porque estoy aquí voy a nadar en dinero está loca.

Espero en Dios que para fines de febrero ya pueda mandarles algo. porque ahorita estamos juntando para cambiarnos a fin de mes. otra cosa, el hijo de su comadre Elodia ya no se va a venir que por qué en Tijuana y en toda la

frontera a todos los chavos que agarran los estan metiendo al ejercito, Bueno por el momento es todo lo acontecido aca.
Los quiero mucho Besos

María Elena

Noviembre 3 de 1998
Los Angeles CA

Querida familia:

Papá, Mámá y bola de hermanos. espero que esten bien de salud como son mis mejores deseos, Que nosotros estamos bien gracias a Dios.

Después de este corto saludo paso a lo siguiente:

Disculpenme por no haberles escrito antes, pero como comprenderan entre el trabajo y la familia no me queda mucho tiempo libre, hay dias que me toca trabajar de 8:00 AM hasta las 7:00 PM ya que mi trabajo tiene mucha responsabilidad ya que estoy en el departamento de produccion, osea le ayudo a la manager y a parte a mi jefe con los vendedores de la compañía, bueno no crean que es gran cosa pero si requiere de mucho ingles y responsabilidad, bueno pero no voy a aburrimos con mi trabajo. Mejor les cuento no recuerdo si les dije en junio le hicimos su fiesta de cumpleaños a Melisa que cumplió 4 años y bueno fue la oportunidad de reunirnos con Georgina, Rafael y Araceli, bueno a Rafael le toco ir a trabajr y Araceli; que de casualidad estaba aqui en los Angeles ya que vive en las Vegas no pudo venir solo envio a los niños con Georgina y bueno estubo Esperanza, Oscar, sus niños y unos amigos para ser la primera fiesta que hacemos estubo bien y ahi les mando unas fotos y otras de el parque y la lavanderia nada mas no se espanten por lo gordis que estoy. pero ya estoy haciendo dieta ya que me esta afectando en mi salud ya que tengo Presión Alta. por lo mismo del sobrepeso tengo que estar en control medico. y eso no me gusta así que desidi bajar una cuantas libritas.

Hablando de otra cosa me entere que todavia no se habian cambiado asi que cuentenme que paso y como va lo de la casa, fijense que platicando con Giovanni de la casa que estan construyendo me dijo vieramos aprovechado y agarrado un terreno para nosotros, pero ya ven son cosas que uno no piensa en el momento adecuado, apenas le escribió a su mamá preguntandole por un

terreno aya en el Salvador aver si podemos hacernos de una casa para que cuando nos corran de aquí tengamos donde ir.

Pero estos son proyectos por el momento y Primero Dios se nos hagan.

Me gustaría mucho ir a verlos pero es demaciado caro y por el momento no se puede Esperanza quiere ir en Diciembre pero tambien estan apretados de gastos por el momento no tiene quien le cuide a los niños y los lleve a la escuela, ya que ella no quiere dejar de trabajar por que Oscar aveces tiene trabajo y aveces no.

Nosotros tambien ya estamos pensando como le vamos a hacer yo creo que voy a dejar de trabajar para ciudar a las niñas y llevarlas a la escuela, aveces le digo a Giovanni. Y si me las llevo a México yo creo que seria mejor para la educación de las niñas, y nada mas se queda pensando y luego me dice que alo mejor si, pero ala vez no quiere que nos separemos. la educación aquí es muy fea, los niños pierden el respeto por los padres y como uno no puede llamarles la atención porque luego luego dicen a uno si me pegas le llamo a la policia esto es lo primero que les enseñan en las escuelas y las niñas rapido se echan a perder a los 11 o 12 años ya andan con novios o teniendo relaciones, o tomando Drogas. y es muy feo el ambiente. y yo no quiero que mis hijas crezcan aquí, es por eso que le damos vueltas y mas vueltas al asunto de criarlas aquí.

Bueno ya Dios dira que es lo que tenemos que hacer.

Pasando a otra cosa Melissa ya me pregunta cuantos abuelitos tiene, cuantos tios y primos. así que mandenme fotos de todos para que vayan conociendolos a todos, Chavelita es muy inquieta, me salio mas traviesa que Melissa. todos me chulean a Isabel por sus ojos y su cabello. dicen que parece muñequita dando paracido a mi mamá sobre todo en los ojos, bueno ahi checan en las fotos.

Tambien quiero que me escriban como estan mis tios.

¡Ha! de mis hermanos diganles que me escriban.

Bueno creo que es todo por el momento los quiero a todos

Maria Elena

POSDATA. Perdon por las faltas de Ortografia y los borrones. pero ya perdí la practica de escribir en español correcto.

**Se publicó el 9 de mayo de 1999.

La otra casa: medio México en Estados Unidos

LOS ANGELES, Cal.- Caminar por esta avenida de Los Angeles es casi como estar en pleno centro de la ciudad de México, entre un ir y venir de mexicanos que realizan sus compras para los regalos de Navidad, pero que no van a festejar o no saben lo que son las posadas.

En medio de este masivo transitar de personas por las banquetas a lo largo de casi toda la Broadway (situada en pleno centro de esta urbe), parecen extraños todos aquellos que no son mexicanos o latinos.

Y no es para menos, porque la mayoría de los que caminan o atienden los negocios de la zona forman parte de los más de 21 millones de mexicanos de nacimiento o de origen que (legal o ilegalmente) viven en Estados Unidos, y que ya son el equivalente de la población conjunta de por lo menos 16 estados de México.

La gente plática en español y avanza lentamente por el intenso tráfico que provocan las numerosas carreolas que llevan a los *babys*, y los niños que llevan de la mano las señoras; los mismos que no saben lo que es una posada y que aun cuando son hijos de mexicanos prácticamente desconocen México, pues generalmente sus papás lo único que conocieron del país antes de dejarlo fue la comunidad donde nacieron.

Todos ellos ahora forman parte del 8 por ciento de los habitantes de Estados Unidos, que se constituyen como una pieza fundamental del motor económico de este país, no sólo porque los migrantes no les quitan puestos de trabajo a los locales, sino porque generan una mayor rentabilidad de los negocios mediante el ahorro que genera la mano de obra barata y, lo más importante: legales o ilegales pagan impuestos al igual que los demás ciudadanos de este país, resaltan diversos estudios académicos realizados aquí.

Estos datos refutan los mitos falsamente alimentados durante los últimos años por los grupos antiinmigrantes, en el sentido de que los migrantes desplazaban de sus fuentes de trabajo a los ciudadanos estadounidenses y se convertían en una carga fiscal para el gobierno.

Los migrantes (ilegales y legales) “vienen a ocupar aquellos lugares o segmentos del mercado de trabajo de poco interés para los nacionales de Estados Unidos, contribuyen además a través de la demanda de bienes y servicios; y del ahorro en el costo de la mano de obra, tanto a una mayor rentabilidad de los negocios en general como al mejoramiento de otros trabajadores”, sostiene Enrico Marcelli en su capítulo “Inmigrantes Latinos Indocumentados”, del Atlas del Sur de California.

Cuestión que María, una indocumentada mexicana que vive en Los Angeles desde hace nueve años, sintetiza de la siguiente manera: “El trabajo que nosotros hacemos no lo hace el americano. Ellos no se quedan en la máquina todo el día por el mínimo”.

Mientras que la investigación del Centro Tomás Rivera, “Porqué cuentan: contribuciones de los inmigrantes al estado dorado”, destaca que en California un residente legal genera en su vida activa un excedente de 24 mil 943 dólares, al comparar lo que se gasta en educación y servicios escolares y los impuestos que paga. En tanto que los trabajadores indocumentados también generan un saldo favorable por siete mil 890 dólares.

Y es que “indocumentado, indocumentado, pero pagas impuestos y contribuciones al seguro social y por algunos servicios que no son gratuitos”, sostiene el excónsul general de México en Los Angeles, José Angel Pescador Osuna.

De tal manera que al gobierno de Estados Unidos sí le cuesta brindar la atención médica y la escuela a los hijos de indocumentados, pero demostramos “que lo que aportan es mucho más”, resalta el ahora subsecretario de Población y Asuntos Migratorios de la Secretaría de Gobernación.

En la calle Broadway se avanza entre negocios con nombres como “Grande Mall”, “Bonito Swap Meet” o ya de plano entre las tiendas “Tres Hermanos”, “Milano” o “Canadá”, y los clásicos gritos de los vendedores que lo mismo te invitan a entrar con el “acérquese, asómese, mire, esto no es todo el año”, “por ver no se cobra”, “¿quieres ver, cuñado?” o el “cuál te quieres probar carnalito”.

Todo es un entrar y salir de las tiendas de ropa, aparatos electrónicos, joyería, vestidos para novia, accesorios para primera comunión y bautizos, entre música lo mismo de banda, grupera, cumbia o la tonadita que se repite al ritmo de “feliz Navidad, próspero año y felicidad...”, en este país que es el quinto donde más se habla español.

Un adentrarse a esos túneles de comercio que prácticamente no distan mucho de los que se encuentran en los alrededores del Zócalo de la ciudad de México (los mismos donde se reubicó a los vendedores ambulantes), sólo que algunos atendidos por gente con rasgos orientales.

Un salir y encontrar a los negros que van a contrafujo vendiendo pilas, relojes, suéteres, perfumes o gorritas de Santa Claus al grito de “one dollar, one dollar”, y más adelante a la señora de rasgos latinos acompañada de una niña y un niño que ofrecen muñecas y juguetes electrónicos al precio de diez dólares. Las botas, los tenis, los pantalones vaqueros, holgados o los de mezclilla ajustados, los vestidos, las gorras, uno que otro sombrero, las playeras con la

imagen de la virgen guadalupana, se entremezclan, mientras por la avenida las “trocas”, el autobús de transporte público y los autos seminuevos no paran.

Algunas personas se detienen bajo la parada del *bus* e inician la espera de ese transporte que generalmente en su interior sólo lleva a gente de piel morena o amarilla; el mismo que cobra un dólar con 35 centavos y que luego tarda más de 20 minutos, pero que es la única alternativa para quienes no tienen carro en una ciudad diseñada para andar en automóvil.

Ya en el *bus* se puede observar cómo ese ir y venir de mexicanos por la Broadway se diluye con tan sólo avanzar una calle. Todo es cuestión de pasar a la Hill, ahí, justo donde se encuentra el Central Park para que el panorama se trueque, para que se regrese al mundo “americano”, al lugar de los Santa Claus flacos que caminan por el parque y al negro que esposan tres policías.

Pero esta panorámica también es momentánea porque los mexicanos están por todas partes; al grado que uno puede tomar cualquier ruta del autobús y encontrar en el camino siempre algún paisano y escuchar una plática en español.

Y es que así es la ciudad de Los Angeles: la primera área metropolitana de Estados Unidos que no tiene una mayoría étnica y donde la inmigración forma parte de su diversidad como lo describe el estudio titulado “Los grupos étnicos de Los Angeles”, coordinado por el profesor de sociología Roger Waldinger, de la Universidad de California.

Es la urbe que recibe a dos corrientes migratorias que contrastan: los educados y recién llegados de Asia y Medio Oriente, los cuáles generalmente avanzan más rápido en la estratificación social hacia una clase media alta; y la clase trabajadora, de bajos niveles de educación que vienen principalmente de México y Centroamérica.

Hecho que puede constatarse simplemente con ver a los conductores de los automóviles que circulan por las avenidas que recorre el autobús, pues una parte importante de los que manejan los BMW, los Mercedes Benz o los automóviles seminuevos son de ojos rasgados.

O simplemente con saber que los latinos están concentrados principalmente en los sectores de servicio (generalmente tiendas y restaurantes), las ramas manufactureras ligeras y las fábricas de ropa. Trabajos donde generalmente reciben sólo el salario mínimo de 5.75 dólares y no siempre trabajan ocho horas diarias, en ocasiones menos, pero la mayoría de las veces los obligan a trabajar tiempo extra por el mismo sueldo.

Con todo, José Angel Pescador destaca que “en promedio ganan ocho veces más de lo que ganaban en México en condiciones semejantes”.

(*) Se publicó el 23 de diciembre de 1999 en El Financiero.

Mudanza

A la orilla de la ciudad

Desde acá arriba se puede ver parte de Iztapalapa, Los Reyes y Neza. De hecho, se ve cuando entran los vagones del tren ligero a la estación La Paz.

A estas horas, por las calles vacías sólo cruzan los perros. De cuando en cuando, los pies de algunas mujeres o de niños se sumen en el polvo. Son las 11 de la mañana y el panorama de la colonia luce desolador.

“Desde las cuatro de la mañana, la gente sale de sus casas y como a esa hora no hay transporte, tienen que bajar a pie, porque si no llegan tarde a su trabajo”, plática una de las habitantes de la zona que prefiere no dar su nombre.

Los moradores del lugar desconfían, tienen temor de que no se regularicen sus predios, que de nada sirvan los años que pasaron en ir a juntas, en asistir a manifestaciones para apoyar a candidatos a elecciones o el sacrificio que hicieron para pagar el terreno, por eso omiten su nombre.

Y es hasta las 5:00 cuando sale el primer microbús con algunas personas colgadas de las puertas. La gente tiene que partir temprano, pues su recorrido es largo. Los que tienen suerte tardan menos de una hora en llegar a su trabajo: son pocos, la mayoría ocupa una hora y media.

A las 7:30, los micros ya descienden semivacíos.

“Muchas casas se quedan solas porque todos salen a trabajar”, lo mismo los niños que los adultos, asegura otra vecina del lugar.

Las pocas mujeres se dejan ver en las casas de madera, láminas de cartón o, las menos, de tabique, se encuentran en la labor diaria de lavar la ropa. Ahí, frente al lavadero provisional, se talla y se cuida el agua de los tambos. No se pueden dar el lujo de desperdiciarla; el gasto semanal del líquido representa, por lo menos, lo de un día de salario mínimo.

Al día consumen cerca de 20 litros de agua por persona, mientras que el resto de los habitantes de la zona metropolitana de la ciudad de México que no viven en asentamientos irregulares, gasta en promedio más de 200 litros.

A esta hora, los microbuses que circulan por la zona, si acaso, son dos: uno que viene del Centro Histórico de la ciudad de México y otro que se dirige hacia él. Y eso que son miles las casas que aquí se asientan.

Tan sólo en los municipios del Valle de México existen más de 200 mil predios con irregularidades en la tenencia de la tierra, de acuerdo con datos de la Secretaría de Desarrollo Urbano y Obras Públicas (SDUOP) del Estado de México.

En tanto que la Asamblea Legislativa del Distrito Federal reporta la existencia de 401 asentamientos humanos irregulares en zonas consideradas como ecológicas en la ciudad de México.

Reportes del Consejo Nacional de Población (Conapo) coinciden en señalar que el crecimiento poblacional del Distrito Federal ha comenzado a disminuir, debido a que una parte de sus habitantes emigra hacia los municipios conurbados.

En este momento, el único lugar donde hay más actividad es la escuela primaria. En ese pequeño rectángulo situado en el centro de la colonia, en el que apenas hay seis cuartos construidos “a flor de tierra”, techados con láminas de cartón y con la única ventana sin cristales o rotos.

El calor está en su apogeo y por su actitud, los cerca de 50 niños de cada salón parecen no notarlos. Escuchan atentos lo que el maestro les dice, o miran con detenimiento lo que la maestra escribe en el pizarrón.

No siempre hay polvo o lodo. Después de la temporada de lluvias la tierra queda maciza. Lo malo para los niños que cursan el sexto grado en la primaria es que las clases terminan en los primeros días de julio, y es muy probable que el patio esté lleno de lodo el día que se realice la ceremonia de su graduación.

De momento, a los niños de sexto que están en el patio eso no les preocupa, están más ocupados en tomar la formación que les corresponde para comenzar a practicar su vals de despedida, y en levantar el polvo al ritmo de derecha derecha, izquierda izquierda, que les marca su maestra.

A la una de la tarde el movimiento de gente aumenta un poco, por las mamás que acuden a la primaria en busca de sus hijos, y que también aprovechan para pasar al mercado, que tiene cuando mucho diez puestos, de los cuales el más visitado es el de la tortillería que trabaja con máquinas de motor de gasolina.

Tras salir de la escuela, algunos niños sólo hacen una escala en su casa para comer e inmediatamente se encaminan hacia una de las más de 250 unidades habitacionales, donde vive cerca de 15 por ciento de la población de la zona metropolitana de la ciudad de México. Ahí, por la parte baja de la colonia, cerca de la carretera, que lo mismo te lleva hacia Puebla que al centro del Distrito Federal.

La unidad habitacional cuenta con todos los servicios públicos, pero lo importante para los niños es que tiene canchas para poder jugar lo mismo fútbol que básquetbol.

No pasa ni una hora cuando todo regresa a la calma. Todo sigue igual hasta las seis de la tarde, cuando los habitantes de la colonia inician su acostumbrado retorno.

Los microbuses llegan completamente llenos y se regresan prácticamente vacíos. Las luces se prenden por un rato y los televisores se escuchan aun en la calle.

Cerca de la media noche termina el ajetreo. Las calles vuelven a estar vacías. Y en la base de los micros sólo aguarda el chofer que dentro de unas cinco horas tiene que transportar a los primeros madrugadores del día.

- Se publicó el 4 de julio de 1998

Otros mundos

Las nuevas plazas, la nueva moda

Visitar una plaza comercial parece ser lo que está de moda hoy.

Las hay de diferentes tipos y para cada zona de la ciudad de México, lo mismo para la colonia popular que para la residencial.

Entrar a la Plaza Moliere Dos 22 es llegar a otro mundo, a otro México, al de los mexicanos categoría triple A, el que es minoría, y sólo cuenta con una veintena de megaproyectos de este nivel, como Santa Fe, Interlomas, Satélite o Pabellón Polanco.

Y es que como las plazas de menor tamaño se encuentran en las colonias populares, y las mismas son mayoría, pues ahí se instalan los otros, aproximadamente, 200 centros comerciales que hay en la ciudad.

Aunque las personas y los sitios son distintos, las esencias parecen ser las mismas. Al fin de cuentas se muestran como las plazas de antaño (en torno a las que se construían los pueblos o las colonias), sólo que transformadas en un moderno concepto que gira alrededor del consumo, y que se aloja en un espacio bajo techo. Esta figura tomó auge en la década de los setenta.

Ahora se han convertido en los puntos destino de los paseos familiares de fin de semana. Lo mismo para ir al cine, por un helado, rentar una película, llevar a los niños a los juegos mecánicos y electrónicos, a comer o simplemente comprar.

¿A comprar qué? Un automóvil, una mascota, la despensa, lo que sea, pues para eso también hay sucursales bancarias y cajeros automáticos muy concurridos.

Claro, a la hora de comprar la plaza hace la diferencia, pues mientras en las colonias populares los centros comerciales se mueven en torno al negocio “ancla” de un supermercado tipo Comercial Mexicana, Aurrera o Gigante, en las áreas residenciales generalmente lo hacen alrededor de tiendas departamentales como Liverpool, El Palacio de Hierro o Sears.

Así, mientras las plazas de menor tamaño no pasan de la planta baja, por ejemplo, Moliere Dos 22 es toda una obra arquitectónica (inaugurada hace un par de años por el presidente Ernesto Zedillo) que, como todos los centros comerciales catalogados como triple A, está conformada por más de un piso o nivel.

Desde que uno llega se nota la diferencia; no por nada está en Polanco, pues en menos de dos minutos uno puede ver cómo se forman en la entrada del establecimiento tres autos BMW para que los reciba el valet parking, y luego uno y otro y otro vehículo último modelo.

De esos autos desciende la familia o la pareja (los viajes en lo individual parecen no existir). Lo mismo cruzan las puertas la joven esbelta de botas

negras a la rodilla, labios marrón, minifalda y blusa entallada, en compañía de la señora de peinado esponjado que hace recordar los tradicionales algodones rosas de azúcar, que la pareja de novios adolescentes que se dirigen al McDonalds.

Dentro, el desfile de zapatos que se miran de seminuevos para arriba se rige por el entrar y salir de las tiendas Palacio de Hierro, Julio, Versace, Jean Pierre o Zara, con sus bolsas semicuadradas de papel duro.

Ahí, donde algunos de los muchachos y muchachas que atienden los establecimientos parecen contagiados por las aspiraciones *nice*, como el chico de la tienda de ropa Zara; aquel de cabello relamido, que camina casi rozando el suelo únicamente con los talones, mientras agarra la solapa de su saco negro.

O que decir de la guapa demostradora, quien mientras sube las escaleras eléctricas rumbo al tercer nivel parece crecerse ante la compañía de la señora morena de zapatos baratos que desentona en este lugar, y cuya presencia sólo encuentra significado al ver al niño que cuida, el que, a juzgar por su ropa y calzado, no cabe duda que está en su ambiente.

Como lo están las niñas de apenas unos cinco y seis años de edad, que salen acompañadas de su madre y su abuela del segundo nivel de Palacio de Hierro, y que se preguntan mutuamente *what is your name?*

Aquí no es extraño encontrar una que otra plática en inglés o en francés. Situación que no es común observar en las otras 200 plazas comerciales de la ciudad de México que no son de categoría triple A.

Ahí, donde al adentrarse uno puede encontrar que el ambiente no dista mucho del de una plaza de tinte colonial, donde no puede faltar el paseo de las parejas de novios o los grupos de adolescentes que andan como si lo hicieran alrededor de un kiosko.

Entrar a un centro comercial implica consumir, pero también son los lugares a los que la gente asiste para caminar un rato, para dar la vuelta, detenerse a mirar los aparadores. No hay problema, todo puede ser cuestión de recorrer y mirar, mirar y anhelar. Al contrario del exterior, donde parecen coexistir el miedo y la inseguridad.

Aquí la uniformidad pasa inadvertida entre el incansable ir y venir de la gente. Los adultos visten ropa informal de colores claros, zapatos cómodos o prendas deportivas, pero en el atuendo cada vez se hace más infaltable el radiolocalizador y celular al cinto.

Mientras que en los jóvenes la cuestión parece ser más sencilla, pues la mayoría se conforma con usar el pantalón vaquero de mezquilla azul cielo y la camisa y playera informal, con un peinado a la onda Ska.

Para las mujeres, lucir la cintura parece ser lo actual. Lo mismo que las zapatillas de plataforma, el pantalón ajustado a la cadera, la blusa entallada que deja lucir el ombligo, y listo.

También lo de hoy parece ser la policía privada que se acompaña de perros guardianes. Aquellos policías que van enfundados en un traje parecido a los de la red vial, sólo que de color negro y con más cierres, además de ir armados con su tolete y un botecito de gas cegador.

Ciertamente en eso uno no repara, pues los que captan la atención son los perros que llevan y de los cuales todo mundo trata de tomar distancia, por aquello de las dudas.

Las plazas comerciales también se han convertido en los lugares de las citas, del aroma a palomitas en horno de microondas, de las hamburguesas, las pizzas, las papas con catsup o el helado tipo americano.

Representan el cambio del cine tradicional de la colonia a otro con mayor número de salas (más pequeñas) y los mejores adelantos tecnológicos, para acudir a ver la película que se estrena, de preferencia, porque si los boletos están agotado o hay mucha fila, la cuestión no parece importar, pues para eso hay varias salas para escoger.

Al fin de cuentas, el caso es entrar, comprar un vaso grande de palomitas, el refresco de lata, encontrar una butaca cómoda y ver una película con sonido dolby stereo.

* Se publicó el 7 de febrero de 1999.

ESTA TESIS NO SALE
DE LA BIBLIOTECA

Claroscuros de un paseo dominical

Coyoacán

En el aire, el olor de más de 20 carrujos de mariguana se percibe al momento. El espacio es pequeño, pero muy concurrido por adolescentes de aparente posición económica holgada.

La mariguana y la cocaína parecen distribuirse con libertad. Siempre y cuando haya dinero, no se oculta.

La gente atraviesa el lugar con toda tranquilidad, como si la situación fuera algo normal, por lo menos aquí, en la fuente que está tras los puestos de artesanías en la plaza central de Coyoacán. Ahí, por donde se estacionan las motocicletas BMW o Harley Davidson.

“Qué rico huele”, bromea un joven con dos de sus compañeros al percibir el olor, mientras cruzan el lugar sin detenerse, por lo que en cuestión de unos cuantos pasos, la imagen queda a sus espaldas, para comenzar a adentrarse a una Plaza Hidalgo en la que no cesa el ir y venir de las personas, en su acostumbrado paseo de tarde dominical.

Aquí, donde se percibe un ambiente mezclado de gente bien con aires de cultura y folclor, los paseantes se reúnen en torno al mimo que estudió en Bellas Artes, al actor cómico de teatro independiente, al grupo de música folclórica, al espectáculo de títeres, en tanto que uno que otro decide entrar a misa en la iglesia de San Juan Bautista.

Conforme se avanza por la superficie de adoquín se descubre con agrado que la zona es un constante desfile sin dirección de mujeres esbeltas, de figuras firmes y contornos formados en el gimnasio, de un ambiente donde para las féminas estar en línea es la norma.

Aquí lo mismo se esquivo el paseo del perro con pedigrí, que el del niño en carreola; la gente se mueve en familia o en parejas por la plaza y su contorno donde están las librerías, Sanborns o los bares en los que te traen la cerveza en charola plateada.

Es curioso, pero los visitantes llegan a comer elotes, esquites, raspados, buñuelos, algodones de dulce o tacos dorados, a la canasta, quesadillas y otros alimentos que fuera de Coyoacán llamaría fritangas o garnachas, pero que aquí los adornan con el nombre de antojitos mexicanos.

Hasta los puestos de los vendedores que en otros lados llaman ambulantes o comercio informal, en la zona coyoacanense se les conoce como “artesanos independientes”, aunque artículos como los abánicos que en el Metro venden a diez pesos, por el sólo hecho de mostrarlos en una canastita, se los venden al doble.

Aunque no se compre nada, resulta casi obligado pasar entre esos puestos de artesanías, que se convierten en una suerte de tianguis, sólo que con gente clasemediera que se empuja igual que en una colonia popular.

Y es precisamente entre los comercios de artesanías donde se encuentra la fuente seca que tiene la escultura de los coyotes que dan nombre a la delegación, y a unos cuantos metros de distancia se ubica otra fuente en torno a la que se reúnen los adolescentes de aparente posición económica holgada.

Uno a uno o en grupos de tres o cuatro se abren paso. El tránsito es lento. Todos están juntos, pero cada quien pertenece a un grupo reducido y cerrado.

Los de la esquina bailan al son de la música *afro* que tocan en vivo en esa zona, enfrente ya preparan el segundo cigarrillo de mariguana y del otro lado aparece el cuate que había faltado en dos ocasiones a la reunión dominical, y que lo reciben con un:

-- ¿Qué onda güey?

-- ¿Qué pasó güey?

-- ¿Dónde andabas? No te vi hace una semana.

-- Me fui el fin de semana a Cancún.

Mientras, se pasean y lucen los pantalones holgados, el riguroso jeans azul, las playeras y tenis de marcas de prestigio, las blusas cortas, los ombligos tatuados, las mezcilllas a la cadera y dos que tres patinetas de acrílico.

La cocaína es para unos cuantos. Lo que más se ve es la mariguana y ese tomar a boca de jarro la caguama, la botellita de un cuarto de brandy, o simplemente fumar los cigarros sin filtro.

Dos que tres no concuerdan con el ambiente, pues se drogan inhalando una *mona* (papel higiénico amasado con resistol 5000). Y no falta el compañero que a uno de ellos les haga ver su error al decirle que “la mariguana y la coca son aceptables, pero no chingues, drogarse con una *mona* es lo más bajo en lo que se puede caer.

La Alameda

Es domingo, día libre. La Alameda Central se convierte en una mezcla de parque y plaza de pueblo. Es el destino de los jóvenes militares que aprovechan su descanso, de las “muchachas de la casa”, de las adolescentes que llegaron de provincia para trabajar en una fábrica de costura, de los muchachos que trabajan de albañiles o de las familias de ciudadanos desterrados que buscan el ambiente de la plaza de su pueblo.

Todo es emerger de los túneles de las estaciones del Metro Bellas Artes e Hidalgo para que las adolescentes se paseen en parejas o en grupos reducidos, a la vez que los muchachos hacen lo propio, para iniciar el recorrido del velado coqueteo, de las miradas de reojo, de ese:

-- Vistes (sic), se te quedó viendo.

-- Háblale, ándale, no seas güey.

Para después pasar al “disculpa, ¿me puedes dar la hora?...”

O sino todo puede reducirse a esperar y ver, tal como más de una veintena de jóvenes solos, que a la salida de Metro Bellas Artes miran sin disimulo el transitar de las muchachas, en este día donde las mejores ropas salen a relucir. Las muchachas de baja estatura lucen sus zapatillas de tacón pequeño, las infaltables medias, la falda recta, la blusa bordada y el cabello largo adornado por una diadema o un broche.

Mientras los jóvenes calzan botas o tenis de bota un tanto cuanto toscos, visten pantalones de mezclilla *piratas*, camisas de manga larga o playeras negras con el nombre de algún grupo de rock en inglés, y portan en el cinturón el walkman digital.

Entre ellas hay quienes se consideran más modernas, y caminan para ser vistas, para sonreír y secretarse cuando las piropean o les chiflan. Usan pantalón de licra o minifalda y blusa corta para que el ombligo quede a la vista aunque también se note que no están en línea. El color rojo en los labios no puede faltar.

La Alameda es también el lugar de las citas, del prelude de las parejas, de todas las edades, que van rumbo a los cines de la zona; de los señores de avanzada edad que forman parte del paisaje, sentados en las bancas con el periódico vespertino en las manos.

En las áreas verdes las familias no dejan de jugar con la pelota o preparar la comida que trajeron del hogar, mientras a un lado los solitarios duermen envidiablemente tranquilos sobre el pasto.

Los pasillos son un flujo constante de gente en los dos sentidos, entre los carritos de hot dogs, vasos con fruta, nieves, elotes, ropa y casetes piratas que lo mismo tocan a los Tigres del Norte que música grabada en una tocada del sonido La Changa.

Justo donde al paso de la gente, algunos empleados de escuelas desconocidas aprovechan para ofrecer propaganda y tratar de convencerlos de que cursen la primaria o secundaria en un lapso de seis meses, para que en el futuro puedan conseguir “mejores empleos”.

Pero, los paseantes sólo se detienen para ver al mimo que no deja de hablar, al Cantinflas alburero, al viejito que predica “la palabra de Dios”, al conjunto norteño integrado por dos señores y un niño, al merolico en su labor de convencimiento:

“...y dígame si es verdad o es mentira... sólo necesita tomar tres veces el té como si fuera agua de tiempo... acérquese a la raya que por ver no le cobro”.

Y no falta el ingenuo que cae en el juego de ¿dónde quedó la bolita? Y pobre de él si pierde (que es lo que ocurre siempre) y protesta y no quiere pagar, porque de una golpiza nadie lo salva.

Y es que cerca de diez personas —que bien podrían darle clases de actuación a los actores de las televisoras— se turnan la conducción del juego, incluidos los llamados *paleros*, entre los que por lo menos tres son mujeres, y todos se encuentran atentos a lo que pueda surgir.

En tanto, la actividad de la Alameda parece no detenerse, pero ya empiezan a llegar los niños de la calle para recuperar su espacio nocturno.

Aquellos de cabello sucio o rapados, el adolescente de unos 13 años que sujete con una mano la cintura de su acompañante (de una edad similar, pero de mayor estatura y con un desarrollo más avanzado de su cuerpo de mujer) y con la otra se lleva a la nariz una *mona*, la inhala, para luego dejarla y darle un beso a su compañera.

* Se publicó el 17 de mayo de 1999